

LA NOVIA ROJA

SILVER KANE

«No le hacían caso. El grupo de hombres seguía trabajando incansablemente, Al fin, el que trataba de detenerles comprendió que era inútil y dejó de luchar. Se sentó a un lado de la casa mientras un sollozo rompía su garganta.

Pero no era un sollozo de pena, ni de angustia.

Era un sollozo de miedo.

Los cinco hombres y la mujer que trabajaban allí, hundiendo las palas en la tierra como si fueran unos vulgares peones de obras públicas, cesaron en sus movimientos al oír aquellos sollozos. Bruscamente el cambio de actitud de aquel hombre les desarmó. No le habían hecho maldito caso mientras gritaba, pero ahora sus sollozos les conmovieron. Se dieron cuenta de que algo muy grave estaba pasando».



Silver Kane

La Novia Roja

Bolsilibros: Selección Terror - 139

ePub r1.0
xico_weno 02.09.16

Título original: *La novia roja*
Silver Kane, 1975
Ilustraciones: Salvador Fabá

Editor digital: xico_weno
Mejora de portada: loskives
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

UN AULLIDO EN LA NOCHE

El hombre se estremeció mientras intentaba detenerles. Sus ojos desorbitados tenían una expresión irreal. Sus manos arañaban el aire mientras hacía un esfuerzo desesperado para frenar el avance de los otros.

—¡No sigáis…! —barbotó—. ¡Estáis desafiando a la maldición! ¡No podéis hacerlo! ¡No seáis locos! ¡No podéis!

Los otros no le hicieron caso. Uno de ellos incluso le aparto. Las palas siguieron hundiéndose en la tierra mientras todos trabajaban agitadamente.

—¡Todos conocéis esa maldición! —Siguió gritando el hombre —. ¡No podéis alegar ignorancia! ¡Si descubrís esa tumba, moriréis en ella! ¡No seáis locos! ¡Volved atrás!: ¡Atrás…!

No le hacían caso. El grupo de hombres seguía trabajando incansablemente, Al fin, el que trataba de detenerles comprendió que era inútil y dejó de luchar. Se sentó a un lado de la casa mientras un sollozo rompía su garganta.

Pero no era un sollozo de pena, ni de angustia.

Era un sollozo de miedo.

Los cinco hombres y la mujer que trabajaban allí, hundiendo las palas en la tierra como si fueran unos vulgares peones de obras públicas, cesaron en sus movimientos al oír aquellos sollozos. Bruscamente el cambio de actitud de aquel hombre les desarmó. No le habían hecho maldito caso mientras gritaba, pero ahora sus sollozos les conmovieron. Se dieron cuenta de que algo muy grave estaba pasando. Tanto que la mujer soltó la pala y se acercó a él mientras susurraba:

—Calma, René… Calma… Tú sabes que esto es inevitable. Sabes

que ya no podemos volver atrás. Seríamos infieles a nuestra vocación científica e incluso a nuestra dignidad si ahora dejásemos este trabajo. Y además tú sabes que las maldiciones del más allá no existen. Es una tontería que hables así. Parece mentira que uno de los arqueólogos más famosos del mundo, un hombre que además pasa de los cincuenta años, se ponga a hablar de ese modo, como si fuera un chiquillo.

René alzó la cabeza.

En efecto, era un arqueólogo famoso, pero eso no pareció importarle ahora. Observó las ruinas de la vieja abadía de Clercy y paseó su mirada por el cementerio donde hacía siglos que no se enterraba a nadie. El ambiente era impresionante, era tétrico. No faltaba ni la niebla baja que cubría las losas y las cruces. A falta de luz eléctrica, y de suficientes linternas, tenían que iluminarse en parte con hachones, lo que les daba un cierto aspecto de emisarios del otro mundo. Para que ningún detalle macabro brillara por su ausencia, el viento movía el badajo de la campana de la abadía, y ésta se había puesto a sonar quedamente, como si una mano misteriosa y muerta la manejara desde el más allá.

Pocas personas hubieran podido resistir en aquel ambiente y en una noche de tal clase, pero los cinco hombres y la mujer que se encontraban allí resultaban muy difíciles de impresionar. El propio René era la primera vez que se afectaba por algo. Después de hurgar en el fondo de tumbas de los lugares más siniestros del mundo, ¿iban a afectarse por un viejo cementerio situado en Francia?

Un cartel en las cercanías indicaba: «Ministerio de Educación. Sección de arqueología. Excavación autorizada». Ellos estaban actuando legalmente, aunque la verdad era que se habían precipitado un poco (o un mucho) al ponerse a trabajar aquella misma noche, llevados de su entusiasmo, sin esperar a que a la mañana siguiente les llegase todo el material necesario.

René balbució:

—Os lo advertí. Esto se ha hecho en contra de mi voluntad.

—¿Pero de qué tienes miedo?

—Conozco la maldición.

—De acuerdo —dijo la mujer dulcemente, mientras se sentaba a su lado y se sacudía el polvo de las botas—, pero hay muchas maldiciones en el mundo y estaríamos locos si fuésemos a hacer

caso de todas. Tú y yo hemos trabajado en el Valle de los Reyes, por ejemplo. O en las tumbas de Nínive, Todo aquello está cargado de oscuras amenazas contra el que se atreva a perturbar la paz de los muertos. ¿Y qué? Nunca nos ha pasado nada. Al contrario, en este momento somos la sociedad de arqueólogos más famosa del mundo.

—No puedo negarlo —dijo René.

—¡Pues entonces…!

—Mis antepasados vivieron aquí en otros siglos. Aquí, junto a la abadía de Clercy. Y muchos de ellos murieron a causa de la Novia Roja. Todos vosotros sabéis que la Novia Roja existe. Os mostré sus documentos —gimió René.

—Cierto. Y según esos documentos está enterrada aquí, ¿verdad?

—Justo en el sitio donde estáis excavando.

Ella rió. Su risa no fue estridente.

—René… —musitó—, te ruego que nos comprendas. En el sitio donde estamos excavando no hay ninguna rumba, porque esa leyenda es falsa. Lo único que existe es una de las piedras más importantes para estudiar la prehistoria de Francia. Se dice que fue sepultada aquí hace más de cinco mil años, y nosotros podemos descubrirla. Quizá el documento grabado en piedra más antiguo de Europa. ¿No comprende que debemos seguir adelante? ¿No te das cuenta de que ahí está nuestra gloria?

Él no contestó.

Estaba sumido en un mutismo casi enfermizo.

—No sigáis —musitó—. No sigáis, os lo ruego.

Pero los otros va continuaban. Las palas seguían hundiéndose en la tierra blanda, entre las antiguas tumbas. René murmuró:

—Los documentos que consulté en otro tiempo aseguran que la tumba de la Novia Roja está junto a una puerta.

—Pues aquí no hay ninguna —dijo Paul, uno de los que estaban excavando.

—Claro que no hay ninguna —murmuró Adrianne, la mujer—. Como que se trata de una leyenda falsa, una leyenda que no tiene sentido…

—Claro que lo tiene —dijo René, alzando la cabeza bruscamente —. Estás loca si piensas lo contrario. Yo la conozco porque se trata de mis antepasados. La Novia Roja está sepultada ahí, junto a una

puerta, y además parece como si estuviera viva. Su cuerpo no se ha corrompido en absoluto. Es algo asombroso. Como si fuera inmortal. Y vosotros os atrevéis a desafiarla Os atrevéis a enfrentaros a una maldición cuya fuerza ni siquiera sois capaces de imaginar.

Los otros no le hicieron ningún caso. Estaban excitados por la posibilidad de un sensacional descubrimiento y no pensaban en nada más. Adrianne, la mujer, volvió a decir con voz indiferente:

—¿Pero de qué hablas, René? ¡Despierta, hombre! ¿Cómo puede haber una puerta bajo tierra?

Y en aquel momento, Paul murmuró:

—Eh, muchachos.

—¿Qué pasa? —Los otros habían vuelto la cabeza.

—No lo vais a creer, pero… ¡pero aquí hay una puerta!

Un silencio brusco planeó sobre aquel paisaje fantasmal. Todos dejaron sus herramientas y se acercaron poco a poco.

En efecto, había una puerta. Resultaba increíble, pero acababan de encontrar una puerta bajo tierra. Era como si alguien la hubiera sepultado allí siglos antes. Estaba hecha con bronce y por lo tanto no se había corrompido. La Puerta parecía insinuar algo del más allá, algo que una mente humana se negaría a aceptar. Pero estaba allí y todos la miraban con ojos obsesionados. Aquel hecho no podían negarlo.

René barbotó:

—¿Lo veis?

Estaba al borde de la desesperación.

Pero ninguno de sus compañeros iba a detenerse ahora. No. Ahora menos que nunca. Estaban al borde de algo sobrenatural, y ante lo sobrenatural no se detiene jamás un arqueólogo. Al contrario, eso significa un desafío para él.

—Sigamos —dijo Paul.

—Claro —murmuró Adrianne—. Sigamos.

La puerta fue separada con grandes esfuerzos. Pesaba más de mil kilos. Debajo no había más que tierra, pero entre la tierra se insinuaba algo así como una vieja bóveda.

El mismo René se acercó ahora. A pesar de su miedo, parecía excitado por el asombro. Tomó un cortafríos y lo empleó golpeándolo con una maza. Fue él quien señaló el camino a seguir.

En efecto, había una bóveda debajo, y esa bóveda cedió. Unas viejas piedras cayeron sordamente. Pronto descubrieron todos una especie de cripta.

Un aire terriblemente viciado partía de ella. Un aire que no se había renovado durante siglos… Algo que parecía casi sólido, que impedía la vida. Claro que allí no había vida. Allí había muerte.

Los hachones iluminaron aquel recinto. Era una antiquísima bóveda eclesiástica de alrededor del siglo XII, y que sin duda llevaba muchos miles de años sin ser abierta. Y dentro vieron algo.

La luz espectral de los hachones lo iluminó.

Todos lanzaron un grito al unísono. Fue un verdadero aullido en la noche.

Porque en la cripta había un viejísimo ataúd. Y al alzar la tapa lo vieron todos. Se enfrentaron a lo que jamás habían llegado a creer.

Allí estaba el más allá: allí estaba la Novia Roja.

Capítulo II

MANOS EN LA NIEBLA

Eran seis hombres y una mujer, incluido el temeroso René, quienes clavaron sus ojos en aquella aparición que les parecía imposible. Bruscamente, se enfrentaban a algo en lo que no querían creer, algo que les hacía tener la sensación de que estaban soñando.

Y sin embargo… ¡qué concreta y qué real era la Novia Roja! Incluso… ¡Qué diabólicamente hermosa era!

Parecía aún viva. Por supuesto que estaba terriblemente pálida y no se apreciaba en su piel ni un rastro de la sangre que sin duda un día había circulado bajo ella. Pero la sensación de vida resultaba asombrosa. No se había corrompido en todos aquellos siglos. Daba la sensación de que en cualquier momento podía levantarse… ¡Y andar!

¡O Matar!

Porque todos conocían la leyenda trágica que rodeaba a la Novia Roja. El propio René les había hablado de los viejos documentos.

—Vámonos de aquí… —murmuró con voz aterrada—. ¿Os habéis dado cuenta ahora de que dije la verdad? ¿Comprendéis que era cierto? ¿Por qué seguís aquí? ¿Es que queréis morir?

El propio René casi les empujaba fuera. Estaba aterrado. En silencio, todos fueron saliendo, con la sensación de que acababan de hollar los umbrales de la muerte.

Una vez fuera, se reunieron a la luz de los hachones. Les costaba hablar, e incluso hubiera podido decirse que sus pensamientos estaban paralizados. Fue Adrianne, al cabo de un largo rato, la que musitó:

—Nunca llegamos a creer lo de la Novia Roja. René. Pensábamos que se trataba de una leyenda más de las que notan en esta tierra.

Normandía es un país de viejas catedrales y de viejas abadías abandonadas en las que todos los misterios parecen posibles. Pero no creíamos una palabra.

—¿Y por qué no? —preguntó René con voz amargada—. ¿No tengo tanto prestigio científico como vosotros? ¿Y cómo iba a ignorar yo una cosa que se refiere a mi familia?

—La Novia Roja es antepasada tuya, ¿verdad?

—Sí. Y he leído todos los documentos relativos a su muerte y a la maldición que la rodea.

—¿Qué clase de muerte fue la suya? ¿Y a qué viene esa maldición?

—Os lo expliqué, pero no quisisteis oírme. Ese deshilachado vestido de novia que ahora lleva, y que todos habéis visto de color rojo, fue antaño de color blanco. Lilianne iba a casarse con el barón de Beaumont, que era el señor feudal de todas estas tierras, cuando la noche antes de la boda cayó en poder de un grupo de forajidos pagados por un enemigo de Beaumont. Ellos la ultrajaron, y luego la asesinaron. Fue una de las cosas más siniestras y repugnantes que se llegaron a hacer en la Normandía de aquella época.

Paul estaba ahora interesado de verdad, a pesar de que antes no había creído ni una palabra, al pensar que toco eran, fantasías de su amigo. Preguntó con voz opaca:

—Beaumont también murió, ¿verdad?

—Sí. Al darse cuenta de que nunca podría capturar a los que habían hecho aquello con su novia, porque ya se habían alejado de Francia, sufrió una crisis de desesperación y se quitó la vida. Ya sé que esto os puede parecer a vosotros una historia romántica, una historia pasada de moda, pero la vida de los seres humanos que nos antecedieron, e incluso de los actuales, está llena de historias así. Las cosas increíbles, sin embargo, empezaron a suceder después de la muerte de Beaumont.

—¿Qué cosas?

—Los asesinatos —dijo René con voz ahogada— fueron horribles… La Novia Roja no tenía piedad.

—¡Pero si estaba muerta!

—Que Dios nos libre de la furia de los muertos —balbució René —. Sí, que Dios nos libre.

Adrianne había cerrado los ojos un momento. Parecía como si la

luz de los hachones le hiciera daño.

—¿Que sucedió exactamente? —preguntó con voz lejana.

—Una serie de nobles de las cercanías fueron muriendo en circunstancias espantosas —dijo René—. Acuchillados, destruidos por golpes de hacha, lanzados desde las almenas, quemados vivos… Fue una matanza espantosa ¡Y todo lo hizo la Novia Roja! Muchos la vieron. Consta en los viejos documentos. Su vestido blanco se había vuelto de color escarlata. Su antigua mansedumbre se había convertido en un instinto de fiera salvaje. Mataba por matar. Sentía un raro placer en ello. Muchos empezaron a pensar que era realmente una enviada del diablo.

—Pero los nobles a los que mató no tenían la culpa de nada — pese a que no había creído la historia antes, ahora se sentía obsesionada.

—Más tarde se descubrió que entre todos habían pagado a los esbirros. En realidad, eran los instigadores del hecho. Pero las cosas no terminaron aquí: la Novia Roja parecía haberle tomado gusto a la sangre y siguió matando. Fue una orgía espantosa, tanto que la población entera se aterrorizó. Porque además la Novia Roja no aparecía siempre con su vestido color sangre sino que adoptaba las más extrañas formas. A veces la encontraban en un cruce de caminos, vestida de pastora o de peregrina; otras la hallaban en un burdel; algunas veces servia en las posadas… De pronto un hombre se encontraba con sus ojos, en las situaciones más inesperadas, y entonces sabía que iba a morir. La situación se hizo tan insostenible que los mismos que la habían admirado antes se dispusieron a acabar con ella, y la encerraron en esa cripta de la que ya no podría volver a salir más.

—¿No serán leyendas de la Edad Media?

—Leyenda o no, ahí tenéis a la Novia Roja —murmuró René—. Podéis pensar lo que os plazca. Ella fue enterrada en vida, pero maldijo a la humanidad entera. Dijo que se vengaría horriblemente de todo el mundo si volvía a salir. Claro que nadie pensó que pudiera salir jamás. Esa cripta era secreta.

—Sólo tú descubriste los viejos documentos —musito Adrianne.

—Claro, puesto que se trataba de una vieja historia de mi propia familia, Pero me prometí a mí mismo que jamás hurgaría ahí. Todos los arqueólogos somos unos científicos, pero al mismo tiempo

creemos en las leyendas, y por eso tenía miedo. No me avergüenza confesarlo: tenía un miedo espantoso. Por eso os pedí a todos que no siguierais adelante.

—No buscábamos a la Novia Roja, sino una piedra prehistórica de gran valor —musitó Adrianne.

—Pero ésa era la zona en que estaba sepultada, y por ello os pedí que no insistierais —dijo René—. Ahora ya no hay remedio. Habéis abierto la cripta. Lo que suceda a partir de este momento, ningún ser humano podrá frenarlo.

—No digas tonterías, René. ¿Qué va a suceder?

—Todos habéis visto a la Novia Roja.

—Sí. Y reconocemos que es asombroso…

—¿Qué podríamos hacer? —preguntó Paul.

—Marcharnos de aquí —dijo René.

—¿Y dejar a la Novia Roja?

—Olvidémonos de ella. Larguémonos de aquí. Vayámonos de Francia si hace falta. Tenemos trabajo en otros lugares del mundo.

—Yo no me podría ir de aquí después de haber hecho el descubrimiento más importante de mi vida —murmuró Adrianne—. No, no podría.

—Pues entonces nos exponemos a morir en condiciones horribles. Ninguno de nosotros puede imaginarse a lo que está expuesto.

—Más vale que nos vayamos —dijo Paul—, pero sin alejarnos demasiado de aquí. Al fin y al cabo, cada uno de nosotros vive en un lugar diferente, de modo que la Novia Roja, si tiene la manía de salir de su tumba, no podrá matarnos a todos. Je, je… Ha sido una suerte que en los hoteles de estas poblaciones pequeñas no hayamos encontrado alojamiento para todos juntos. Nos largaremos cada uno a su nido y mañana volveremos a encontrarnos aquí. De día las cosas nos parecerán muy distintas.

—Pero ¿y si alguien se acerca?

Paul hizo un gesto de indiferencia.

—¿Quién se va a acercar con esta maldita noche? Todo está lleno de niebla y no se ve a dos pasos. Además, a pocas millas de aquí, un gendarme impide el paso en el sendero que lleva a la zona de excavaciones. Mañana estará todo como lo hemos dejado ahora pero nos parecerá distinto.

Fue Adrianne la primera que se alejó. Todos parecían dominados por aquel miedo que no querían confesarse, aunque René no intentaba disimulado. René estaba literalmente aterrorizado. Subió en su viejo «Peugeot» y se largó de allí. Pese a que aquélla había sido la tierra de sus antepasados, parecía no tener el menor interés en permanecer en sus contornos. Los demás le imitaron. Todos tenían buenos coches, a excepción de René, quien llevaba su afición a las antigüedades al extremo de tener un coche muy viejo.

Paul montó en su
«R-30»
último modelo y se alejó conduciendo a poca velocidad. Al final del sendero que llevaba a la zona de excavaciones, el gendarme que estaba de guardia le pidió por rutina su credencial y le saludo.

—Mala noche para andar de excavaciones, ¿eh? Con esta niebla y sin más luz que la de las antorchas… Yo no sé cómo se atreven ustedes.

—Estamos acostumbrados —dijo Paul.

Pero la verdad era que todo le parecía distinto.

Pero la mecánica de su
«R-30»
le volvió a la realidad No, aquello no era la Edad Media, sino el año del Señor de 1975. Podía estar tranquilo. Los muertos siguen estando muertos, aunque sus cadáveres no se hayan corrompido.

Condujo a poca velocidad. No podía atreverse a dar gas con aquella niebla, y además él estaba hospedado en Beaumont, muy cerca de allí. Curiosamente, la población aún conservaba el nombre del viejo señor feudal, del que iba a casarse con la Novia Roja y luego se quitó la vida. Hasta aquel momento, Paul no se había fijado en ese detalle. Y la verdad era que semejante descubrimiento no le alegraba.

Intentó alejar sus siniestros pensamientos.

¡Él, un arqueólogo veterano, temblando de miedo…!

Tomó una curva y entonces, a través de la niebla, vio a una figura femenina que hacía
auto-stop
. Como Paul aún se conservaba joven y se las daba de conquistador, pensó en una aventura. Frenó. La aventura le interesaba por un doble motivo, ya que así quizá borraría de una vez sus siniestros

pensamientos.

El «R-30» se detuvo. Las manos que hacían la señal del *auto-stop* flotaron durante algunos segundos en la niebla.

—Suba —dijo Paul, disponiéndose a abrir la puerta.

Y entonces la vio. Entonces distinguió su cara. Vio su vestido vaporoso y deshilachado. Entonces se enfrentó a aquel horror.

Porque la que estaba ante él era… ¡era la Novia Roja!

CAPÍTULO III

UN CIERTO RASTRO DE SANGRE

Paul sintió que los nervios se le convertían en tiras de hielo. Se dio cuenta de que se enfrentaba a lo imposible, al más allá. De sus labios escapó una especie de rugido mientras cerraba la portezuela.

Las manos se movieron en la niebla.

Por fortuna para él, la Novia Roja no intentó entrar. Sólo se oyó su lejana carcajada. Paul dio gas mientras tenía la sensación de que el volante se le iba a escapar de entre las manos.

La carretera bailaba ante sus ojos.

Estuvo a punto de estrellarse.

Cuando se encontró de nuevo en las calles de Beaumont, aún le parecía haber vivido una pesadilla. Su mentalidad de científico se resistía a creer aquello pero lo que había visto con sus propios ojos… ¡Lo había visto! Ahora ya nadie le quitaría de la cabeza que existía la Novia Roja. Y que se movía en el aire… ¡Y que estaba dispuesta a iniciar su extraña venganza!

Freno ante la pensión. Ésta era sencilla, pero limpia, y tenía unas agradables luces en la fachada. Daba gusto refugiarse allí, cuando uno surgía del fondo de aquella maldita noche de niebla. El dueño salió a su encuentro mientras le saludaba amablemente:

—¿Cómo está, Paul? ¡Vaya nochecita! ¡No sé cómo ha tenido usted el humor de salir! ¡Hacen falta ganas!

—Era… era el trabajo —musitó el arqueólogo.

—¿Es que ustedes sólo trabajan de noche?

—Trabajamos cuando podemos.

—Oiga, ¿qué le pasa?

A Paul le temblaban los labios. Susurró:

—¿A mí? ¿Por qué?

—Está muy pálido…

—Pues no me pasa nada. Por favor, sírvame un *whisky* si no le importa. Lo quisiera tomar en mi habitación.

—Pues claro… ¡Lo que usted me pida! ¡Con tal de que no descubra debajo de la cama alguna sepultura antigua!

Y lanzó una risita cascada. A Paul no le hizo ninguna gracia. Él, que era un hombre habitualmente afable, se sentía trastornado ahora. Subió a su habitación y miró en torno como un alucinado.

Golpearon con los nudillos.

—Adelante —dijo Paul.

Ya estaba allí su *whisky*. Menos mal, porque empezaba a necesitarlo.

La puerta se abrió. Una doncellita vestida de negro, erguida sobre sus altos tacones, apareció en el umbral. Llevaba una bandeja con un vaso, una botella, una jarrita de agua y un cubo con hielo.

Pero Paul no se fijó en nada de eso. No pudo fijarse tampoco en su cuerpo seductor. Lo único que vio fue… ¡fue su cara! ¡Aquella cara que ya empezaba a conocer bien! ¡La de la Novia Roja!

Al hombre se le cayó el cigarrillo de entre los labios. Todo empezó a dar vueltas en torno suyo. Sintió que las rodillas le temblaban y una especie de gemido ronco escapó de su garganta.

Era peor que una pesadilla.

Era… ¡la propia muerte!

Pero la aparecida no hizo nada contra él. Sólo le dirigió una sonrisa. Con voz perfectamente apacible preguntó:

—¿Le ocurre algo, señor?

Y dejó el *whisky* sobre la mesa. Un instante después había desaparecido. Paul se llevó las manos a la cara sintiendo que todo empezaba a dar vueltas en torno suyo. Había cerrado los ojos porque no se atrevía a mirar.

Nada tan fácil como matarle en aquel instante. Ni siquiera hubiera sido capaz de defenderse.

Se sentía alucinado.

Pero cuando abrió de nuevo los ojos, nada había ocurrido. Volvía a estar solo en su habitación. El *whisky* descansaba sobre la mesa. En la pensión reinaba el silencio, aquel silencio que parecía imperar desde siglos sobre las pequeñas villas de Normandía.

Lanzó un gruñido.

Definitivamente estaba enfermo. Sufría alucinaciones.

Se bebió el *whisky* de un trago.

Y salió al pasillo tambaleándose. Apenas lo había hecho cuando vio al dueño de la pensión que se acercaba con una bandeja en la que había una botella, un vaso, un jarrito con agua y un cubo con hielo.

—Le traía su *whisky*, señor —dijo.

—¿Mi queeeé…?

—Su *whisky*. ¿No me lo ha pedido?

—Me lo han servido ya.

—No me diga. ¿Quién?

—Una mujer joven. Una mujer joven y bonita a la que no había visto nunca por aquí.

—Ni yo tampoco, señor, porque en esta pensión no tengo ninguna sirvienta joven y bonita. Qué más quisiera.

Paul se pasó otra vez la mano por los ojos.

—Oiga… —bisbiseó—, ¿usted ha oído hablar de la Novia Roja?

—¿De quién?

—Una vieja cripta con un ataúd. Una maldición. Algo que se relaciona con la vieja historia de los Beaumont. ¿No lo sabe?

El otro puso la cara que hubiera puesto si le hubiesen hablado de una constelación situada más allá de Júpiter.

—Mire, Paul… —murmuró—. ¿De verdad se encuentra usted bien?

—No lo sé… Con franqueza, empiezo a no saberlo. Siempre me he tenido por un hombre muy normal, pero lo que es ahora… Oiga, ¿no habrá por aquí ningún médico?

—Un psiquiatra querrá decir.

—Sí, eso es. No crea que me ofendo. Para mí sería muy importante que alguien pudiera aconsejarme en este momento.

—Pues no, en esta pequeña población no hay ninguno. Aunque… Bueno, me parece que puede tener usted suerte. Hay una habitación reservada a nombre de un tal *Monsieur* Narcot, que me parece que es psiquiatra. La pidió para el fin de semana y pienso que llegará aquí esta noche. Si quiere le diré que le vea. En realidad ya tenía que estar aquí. Debió llegar la noche pasada.

—Me hará un favor —musitó Paul—. Le juro que, si me avisa, me hará un favor.

No imaginaba que las cosas iban a complicarse sólo por el hecho de haber pronunciado aquellas palabras.

No imaginaba que el cadáver estaba en aquel momento encima de su cabeza.

CAPÍTULO IV

EL MONSTRUO

El individuo que se movía a hurtadillas en el piso más alto del edificio, en un abandonado desván, tenía algo de siniestro, de misterioso, de repelente, cuando se le miraba de lejos. Pero al verlo de cerca se experimentaban deseos de lanzar una exclamación de horror.

Su rostro parecía devorado por la lepra. No era así, pero el efecto visual resultaba el mismo. Había sufrido quemaduras tiempo atrás, al escapar de presidio, y desde entonces venía huyendo por todo Normandía, escondiéndose aquí y allá, viviendo como una fiera acorralada. Parte de su rostro había desaparecido, su cabeza era una calva llena de costurones y su boca carecía de labios. Una película de horror no hubiera encontrado un, intérprete mejor que él, con la particularidad de que no era un monstruo de ficción, sino auténtico. Condenado a muerte por dos asesinatos, había logrado escapar de la guillotina por puro milagro. Y ahora volvía a estar en libertad después de haber huido. Ahora volvía a ser el que siempre fue.

Se arrastró por el desván.

Llevaba un día oculto allí, pero necesitaba salir porque ya tenía hambre. Moviéndose entre las sombras, sus manos grandes y velludas palparon el cadáver.

Aquel cuerpo humano llevaba junto a él casi veinticuatro horas. Lo había estrangulado la noche anterior, cuando el hombre le sorprendió en el callejón que había detrás de la casa. Y no atreviéndose a dejarlo allí, lo había subido hasta el desván por las viejas escaleras de un granero. La fuerza del asesino, en determinados momentos, era casi monstruosa.

Durante el día no se había atrevido a acercarse a él ni a hacer ruido, por temor a que le descubrieran, pero ahora comprendía que tenía que tomar una decisión. El hambre le torturaba desde horas antes, y el cadáver, dentro de poco, empezaría a oler. Por lo tanto tenía que largarse de allí. Tenía que hacer algo.

Oía las voces que llegaban desde abajo. La habitación situada debajo del desván estaba ocupada por un arqueólogo, según creía recordar. Determinadas palabras captadas a través de las paredes le habían hecho darse cuenta de eso.

Las facciones del asesino se crisparon, dando a su expresión un aspecto aún más monstruoso. Palpo el cadáver y vio que llevaba la documentación encima, junto a algún dinero. El dinero se lo quedó porque le podía hacer falta, pero la documentación era un estorbo.

La miró a la luz indecisa que penetraba por un ventanuco. «Philippe Narcot. Médico psiquiatra de la Facultad de Medicina de París». ¿Qué diablos había ido a hacer allí? Seguramente a descansar durante un fin de semana. Perfecto, porque sus deseos se verían cumplidos. Descansaría no un fin de semana, sino eternamente.

Tomó aquella documentación y se la metió en un bolsillo. Luego se aprestó a salir de allí. Con el dinero que llevaba podría conseguir algo de comida, aunque su aspecto monstruoso le delataba. Era imposible verle sin sentir un estremecimiento de horror.

Se deslizó por una ventana un poco más grande, la única que había en el desván. Con la agilidad de un simio empezó a bajar por la vetusta fachada.

No se dio cuenta de que la documentación del muerto se le caía al suelo. La había guardado mal en el bolsillo sin tomar con ella tantas precauciones como con el dinero. Luego se perdió entre las sombras de la noche.

Por el momento estaba en libertad y tenía más de mil francos en el bolsillo. Era suficiente para llegar a París, y una vez allí encontraría el modo de perderse en la gran selva de piedra. Existían rincones donde la policía no penetraba nunca, rincones donde incluso un monstruo como él podía ocultarse durante mucho tiempo.

Oyó el pitido del tren en la cercana estación. Un tren de mercancías, quizá un tren mixto de los que iban hacia Cherburgo se

detenía. Con un poco de suerte, aún podría subir a él sin que nadie lo advirtiese.

Como una sombra siniestra más, se perdió en la noche.

* * *

En efecto, era un tren mixto el que acababa de llegar a la estación de Beaumont. Uno de esos cansinos trenes que se arrastran por las estaciones departamentales francesas y que prestan un especial encanto al paisaje, porque parecen formar parte de él a causa de su lentitud. El convoy iba a estar allí detenido cerca de un cuarto de hora, mientras dejaba la vía libre para un expreso.

El monstruo se deslizó hacia la estación. Pero vio a varios gendarmes que montaban guardia cerca de la entrada.

¿Qué infiernos ocurría? ¿Por qué aquella vigilancia? ¿Acaso le buscaban a él, porque sabían que había de encontrarse en las inmediaciones?

El monstruo ignoraba que no le estaban buscando precisamente a él, aunque la vigilancia hubiera sido reforzada en el sector. Simplemente aquel tren mixto transportaba una rueda de presos hacia una cárcel de Bretaña, y por eso los gendarmes vigilaban de un modo especial todas las estaciones.

Agazapado entre los sacos de mercancías que había en los *docks* de la pequeña estación, esperó su oportunidad. Veía el convoy detenido entre dos luces, un convoy formado por docenas de vagones de carga y tres vagones de pasajeros cuya composición ignoraba, Pero lo que sí distinguió fue que uno de los gendarmes se dirigía a la pequeña cantina para tomar una copa.

Según por donde pasara, podía descubrirle.

El monstruo se agazapó aún más. Sus músculos se Tensaron. En su mano derecha brilló el cuchillo que le había ayudado a fugarse de la prisión y con el que ya había matado a dos hombres.

Aguardó como una bestia al acecho.

* * *

Mientras tanto, en el convoy, el sargento de la gendarmería, Pierre Fermais decía:

—Eh, Robert, te necesitamos.

El llamado Robert se puso en pie, aunque no pudo alearse del asiento porque iba encadenado a él. Condenado a cinco años por espionaje, no se le consideraba un preso «político» sino un preso «común». Iba con los demás: con estafadores, con asesinos, con violadores con proxenetas, con ladrones, con atracadores de bancos. Iba con la hez del hampa de París. Y en el convoy le acompañaban unas cuantas distinguidas representantes del «sexo débil»: abortadoras que habían causado alguna muerte, ladronas recalcitrantes corruptoras de menores, viudas «a la fuerza» tras haber liquidado a sus maridos y hasta alguna que otra hiena que había asesinado a sus hijos. Todo lo «mejorcito» viajaba en aquel convoy. No era, pues, extraño, que en las estaciones hubiera sido reforzada la vigilancia.

—Eh, Robert…

La llamada se había hecho más exigente. El joven, un hombre que parecía recién salido del equipo de *rugby* de la Universidad, intentó despegarse del asiento, pero no pudo a causa de la cadena. Ya no se acordaba ni de que iba sujeto.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

El sargento de la gendarmería, Femáis, hizo un gesto de hastío.

—Una que se ha puesto muy enferma. No podemos estar detenidos más de un cuarto de hora aquí porque entorpeceríamos el tránsito, y por lo tanto no hay tiempo de llamar al médico. Échale un vistazo.

—¿Por qué yo?

—Cuerno, pues porque entiendes algo de medicina y en la Prevención hacías pequeñas curas. No nos importa que esa golfa viva o muera cuando llegue a la cárcel, pero lo que queremos es que no reviente estando en el convoy Luego te pasas semanas con el expediente y es un lío. Tienes que echarle un vistazo, y si hace falta darle un calmante. Necesitamos que llegue entera.

Robert hizo un gesto de resignación.

—Tendrá que soltarme —dijo.

—De acuerdo, pero no intentes nada. Si haces un solo gesto que no me guste, no vacilaré en disparar.

Y le dejó libre.

—Parece una tierra de brujas —musitó.

—Sí, esta parte de Normandía tiene fama de misteriosa, pero a ti

no te importa nada. Hala, mira lo que le pasa a esa furcia. Y dale un calmante para que siga arreando, que es lo único que importa.

La «furcia» en cuestión era una chica de apenas veinte años. Robert la había visto de soslayo cuando subieron al tren, en la *Gare du Nord* de París. Y ahora de pronto, se la encontraba gimiendo, enseñando las piernas, tendida en el suelo del vagón y con la cara contraída por el dolor. En apariencia, y a juzgar por sus gestos, se trataba de un ataque de apendicitis en fase aguda.

Necesitarían operarla con urgencia.

Pero nadie convencería al jefe del convoy de que la chica tema que quedarse allí. Su salud no les importaba. La entregarían al final del viaje aunque fuese en forma de cadáver. La despacharían muerta, con lo cual cumplían los reglamentos, única cosa que les importaba en este mundo.

Robert la palpó.

La muchacha gemía entrecortadamente.

Sus gestos de dolor eran casi angustiosos.

El jefe de la conducción preguntó:

—¿Qué pasa? ¿Está grave?

—Yo creo que está muy mal.

—Pues no podemos detenernos por ella. ¡No faltaba más! Recétale algo de lo que hay en el botiquín para que se calme.

—No creo que pueda conseguirlo. De todos modos traiga algo de morfina, si es que la hay.

—Hum… No sé. Iré a ver.

Robert se inclinó sobre la muchacha mientras seguía palpando. Sus conocimientos de medicina eran suficientes para haber llegado a una conclusión. Mientras ponía su boca casi en el oído de la muchacha, susurró:

—¿Duele?

—Mucho…

—Pues haz el favor de fingir un poco mejor. Lo estás haciendo bastante mal.

Ella le miró de soslayo Dejó de gemir.

—¿Qué pasa? —balbució.

—Lo del ataque de apendicitis sólo convencerá a un novato. ¿Qué intentas? ¿Huir?

—Pues claro… Algo hay que hacer, ¿no?

Robert movió la cabeza con desesperanza, pero de todos modos le admiró la frescura de la chica Mientras le bajaba la falda para cubrirla dijo:

—Me gustaría ayudarte, aunque no creo que te dejen aquí. Estás perdiendo el tiempo, nena. De todos —modos, espera…

¿Esperar…? ¿Qué?

Él sabía muy bien que no se podía esperar nada. Que no existía la menor posibilidad. Pero de pronto, en un par de segundos, todo cambió, como en una de esas obras de teatro en que los papeles varían en un instante. En la sombría estación, donde aquí y allá la oscuridad sólo era quebrada por unas cuantas luces amarillas, sonó un grito lacerante.

Era un grito de muerte.

Alguien aulló en seguida:

—¡Han matado a Albert!

—¡Lo han apuñalado!

Albert era el hombre que se había desplazado hasta la cantina para beber un trago. Ni se había dado cuenta de que moría. Ni había llegado a enterarse de que el monstruo de la cara quemada palpitaba a su espalda.

Pero la conmoción que se produjo en la pequeña estación fue instantánea los gendarmes de la escolta corrieron hacia allí. Los que estaban en los vagones miraron por las ventanillas, Los de las puertas olvidaron su misión. Obsesionados por la muerte de un compañero —aquella muerte que no se explicaban—, corrieron nacía los *docks*.

Robert se dio cuenta al instante de que se hallaba ante una oportunidad. Una oportunidad que no se volvería a repetir.

Susurró mirando la chica:

—¿Cómo te llamas?

—Katty.

—Pues bien Katty, ni que lo hubieras calculado a propósito. Si no te importa exponerte a una bala, vamos a correr.

Y los dos se levantaron de repente. Katty también estaba libre de la cadena porque la habían soltado al iniciarse el falso ataque. El jefe del convoy, que miraba por la ventanilla, se volvió de repente al oír el ruido.

—¡Malditos…! —Fue todo lo que pudo balbucir.

No tuvo tiempo para otra cosa. El alucinante gancho de Robert le dejo K. O. Uno de los gendarmes que estaba junto a la puerta desenfundó su pistola, pero las presas habían organizado un tumulto, y no hay nada tan difícil de dominar como las mujeres. Aunque no querían ayudar a huir a su compañera, porque la amistad entre las presas difícilmente existe, pensaban que con un buen tumulto podría escapar alguna de ellas también. Y se lanzaron como lobas contra los gendarmes mientras sonaban varios disparos al aire.

Robert gritó:

—¡Vamos!

Salió por una de las ventanillas con una agilidad que hubiera envidiado un gimnasta. La chica le imitó. Segundos después se perdían entre las luces indecisas de la estación mientras les seguía una traca de disparos mal dirigidos, Se hundieron en la oscuridad de aquella tierra de niebla, de aquella tierra de brujas.

Mientras tanto los gritos en la estación sonaban por todas partes. Nadie sabía lo que estaba ocurriendo; aunque la noticia de que había sido asesinado un gendarme parecía enloquecer a todos los de la guardia. El tumulto crecía hasta límites indecibles mientras otros presos pugnaban por escapar.

Robert oía el jadear de su inesperada compañera, que trotaba a su lado como una yegua joven. Pese a que él había corrido como un diablo, Katty no le iba a la zaga. De pronto se encontraron en una de las esquinas de la calle principal de la pequeña población sin saber aún lo que había ocurrido.

Había unas cuantas luces débiles y unos cuantos escaparates poco llamativos. Lo típico de la vieja ciudad departamental medio dormida bajo el peso de los siglos. A poca distancia de allí se distinguía un callejón. Y un antiguo edificio de piedra cuyo cartel proclamaba: «Pensión Norbert. Trato familiar. Habitaciones con baño».

Robert musitó:

—¿Dispuesta a todo?

—¿Tú qué crees? —jadeó Katty.

Para el traslado les habían permitido llevar sus ropas civiles, por lo cual no tenían el menor aspecto de presos. Aunque entre los dos no llevaban ni diez centavos, tenían un aspecto respetable. Claro

que sin documentación…

Él musitó:

—Pediremos habitación ahí.

—¿Estás loco?

—Mira ese letrerito: «Todo ocupado. No hay plazas,» Pediremos que nos den una de todos modos, discutiremos y pasaremos ahí dentro más de quince minutos. Justo los quince minutos críticos en que va a ser cribada esta ciudad. Te juro que los gendarmes nos buscarán en todas partes menos ahí. Ésa es la única seguridad que tenemos.

—De… de acuerdo. Tú mandas.

—Vamos por el callejón. Si alguien nos ve, conviene crea que no venimos de la estación, sino del lado opuesto.

Y entonces, al avanzar por el callejón, sus pies tropezaron una pequeña cartera. Robert se inclinó y la recogió.

—¿Qué es esto? —balbució Katty.

—Vaya… Ni que lo hubiera enviado el cielo.

—¿Pero qué es?

—La documentación de un tal Narcot —dijo él tras echarle un nuevo vistazo—. Parece que se trata de un médico psiquiatra. Seguro que la ha perdido.

—¿Y crees que nos puede servir?

—Hum… Hay un retrato que no se parece demasiado a mí, pero tampoco creo que se fijen. De entrada nos servirá. Yo diré que eres mi mujer. Vamos.

Los dos entraron en la pensión con el mayor desparpajo. El hombre estaba detrás del *comptoir* leyendo una novela de Simenon. Al verles alzó la cabeza:

—Perdonen —dijo—, pero no tengo ni una pieza libre.

—Bueno, es que yo soy… Soy…

—¿Quién?

Robert no sabía si atreverse a decirlo, pero al fin lo soltó.

—Soy el doctor Narcot —dijo.

Y entonces se produjo aquella reacción que para él fue totalmente inesperada. El dueño de la pensión por poco le abrazó. Haciendo un gesto de alegría, dijo:

—¡Menos mal, doctor Narcot! Creí que ya no venía… Le estaba esperando, ésa es la verdad, y va pensaba en alquilar su habitación

a otro. Usted tendría que haber llegado anoche.

—¿Qué?

—Digo que tendría que haber llegado anoche.

—Ah pues… Sí, claro, es verdad. —Robert tragó saliva violentamente—. Pero son cosas que pasan Tuve una visita urgente.

—Me temo que aquí le ocurra lo mismo, doctor. No sabe cuánto lo lamento… Pero hay un cliente que se encuentra mal. Por cierto, supongo que la que le acompaña es su señora.

—Pues… sí.

—Y, si no lo es, tampoco importa —el dueño guiñó un ojo con un gesto de complicidad—. Firme aquí por favor. ¿La documentación?

Robert estaba asombrado ante su buena suerte, una suerte en la que minutos antes no se hubiera atrevido ni a soñar. Con voz insegura, dijo:

—Aquí la tiene.

—De acuerdo. Habitación número once, señor Narcot. Por cierto, ¿puede visitar a ese cliente que se encuentra mal? Parece que sufre alucinaciones.

Robert no podía negarse so pena de inspirar sospechas, de modo que dijo con un hilo de voz:

—Claro… Puede venir en seguida a mi habitación. Le atenderé con mucho gusto.

Sabía que los gendarmes no sospecharían jamás de un médico con la documentación en regla y que además estaba atendiendo a una visita. En aquel aspecto, la suerte continuaba.

Y así fue como unos minutos más tarde pudo conocer a Paul, uno de los arqueólogos que habían descubierto la tumba de la Novia Roja.

Así fue como se metió en aquel misterio sin nombre.

Y como para él empezó también la pesadilla.

CAPÍTULO V

EL CANTO DEL HACHA

Paul terminó su relato mientras musitaba:

—... Y le juro que era la misma cara. La misma del ataúd. Usted puede tomarme por un visionario, por un loco, pero cuando veo unas facciones no se me borran tan fácilmente, sobre todo las de una mujer que debía estar muerta desde la Edad Media. ¡Y es la misma que luego ha entrado en mi habitación...! Ya sé que usted pensará que deben encerrarme con urgencia, pero lo que he visto lo he visto. Y no he tomado drogas ni productos alucinógenos. Tampoco he bebido nada excepto un inocente *whisky*. Le digo la verdad... Y le aseguro que estoy aterrado, como si de repente acabara de entrar en mi propia tumba.

Robert le había escuchado fingiendo prestar la mayor atención, pero sin enterarse de nada de lo que aquel pobre tipo le decía. Lo único que en aquel momento le interesaba era dar la sensación de que él era efectivamente un psiquiatra. A través de las ventanas, oía las voces de los gendarmes buscando por toda la ciudad, aunque en la pensión todavía no se había atrevido a entrar ninguno.

—Creo que lo mejor que puede hacer ahora es descansar —dijo con voz suave—. Mañana esas pesadillas habrán cesado.

—Le aseguro que no. Esto es..., es más serio de lo que usted piensa.

—En todo caso no puedo tomar una decisión hasta que hayan pasado al menos unas horas, ¿comprende? En psiquiatría, es un pecado mortal el obrar precipitadamente. Hay que tener paciencia. Como yo pienso estar aquí hasta el lunes por lo menos, volveremos a hablar mañana. Pero si esas pesadillas se repiten durante la noche, no vacile en llamarme. Le aseguro que no me molestará.

Paul le estrechó la mano.

La voz tranquila de aquel hombre joven y fuerte le infundía serenidad. Había algo de especial en él. El psiquiatra era sin duda de los que caminan seguro por la vida.

Lejos estaba de sospechar que Robert no era psiquiatra ni se había sentido nunca tan poco seguro como entonces. Pero la existencia humana es siempre un enigma en el que nadie conoce del todo bien a nadie. Ya se sabe.

—¿Qué le debo, doctor?

—No me debe nada, no se preocupe. En todo caso ya hablaremos mañana de eso.

Paul salió. Después de la visita, se sentía mucho más tranquilo, Le parecía que ahora nada malo podía ocurrirle.

Vio las sombras del pasillo.

Llegó hasta las escaleras de madera de roble en las que aún parecían resonar las pisadas de los mosqueteros del Cardenal Richelieu. Ascendió por ellas, ya que su habitación estaba un piso más arriba.

Todo en la pensión era silencio. La gente ya dormía. Tras los cristales empañados sólo se distinguían las volutas de la niebla.

Paul captó el sonido de sus propios pasos.

Uno, dos… Uno, dos…

Parecía como si aquellas escaleras no fueran a terminarse nunca.

Y entonces la vio.

La Novia Roja.

Envuelta en las sombras. Como surgida de la niebla misma. Con sus ojos brillantes. Con su vestido color de sangre.

Con su boca crispada en una mueca de odio.

¡Con el hacha!

Aquel odio parecía llegar desde el fondo del tiempo.

Los brazos muertos avanzaron hacia él.

El vestido rojo se disolvió en el aire.

Paul sólo tuvo tiempo de lanzar un leve grito cuando vio el hacha girar velozmente. Cuando distinguió el brillo de la muerte. Cuando el filo de acero voló hacia su garganta como una maldición.

El primer golpe le arrancó casi la cabeza.

Una masa roja saltó al aire.

Pero no liego a manchar el vestido de la novia.

Ésta lanzó un grito ululante, un grito macabro que llegaba del fondo de la noche, del fondo de todas las noches misteriosas que en otros siglos habían existido. El hacha se alzó otra vez. Los ojos desencajados de Paul en aquella cabeza que ya no le pertenecía se le salieron de las órbitas.

El nuevo choque le envió contra la ventana. Ahora el acero le había hundido el pecho. La masa roja se hizo más intensa, más angustiosa, más compacta. Era un verdadero chorro de sangre el que rodaba por las escaleras, entre las sombras, hasta alcanzar las paredes.

El grito ululante de Paul se oyó entonces también.

Era el grito de su propia muerte.

Su cadáver rodó escaleras abajo.

Y la Novia Roja retrocedió entonces. Sus ojos quietos no miraban a ninguna parte. De nuevo parecía una muerta.

Dejó caer el hacha mientras su cuerpo vaporoso se perdía entre las sombras. Algunas puertas se abrieron, pero nadie llegó a verla. Las luces irreales apenas disipaban la penumbra. En todas partes notaba un aire irrespirable, una atmósfera maldita.

El hacha rodó hasta llegar junto al cadáver. Su filo se había vuelto rojo. Un grito ululante volvió a asomar en la casa.

Y después de eso no hubo más que un silencio espectral, un silencio alucinante. La extraña quietud de los muertos, la extraña quietud de los siglos.

CAPÍTULO VI

EL MISTERIO Y LA NOCHE

Pocos minutos antes de que todo aquello se iniciara, Robert había entrado en la habitación. No podía imaginar siquiera que unos instantes más tarde se encontraría en el infierno. Por el momento y al empujar la puerta, se encontró ante algo que nada tenía que ver con el infierno, o en todo caso era un infierno bastante agradable de contemplar: la muchacha a la que él había ayudado a huir, se estaba quitando la ropa para meterse en cama.

Pero al instante, al oír el ruido de la puerta, reaccionó. Se cubrió en parte con el vestido que acababa de quitarse.

—Iba a acostarme —musitó—. ¿Por qué no has llamado?

—Se supone que somos marido y mujer, o en todo caso que somos amantes —dijo Robert sin mirarla—. Quedaría un poco extraño si yo llamara antes de entrar. De todos modos, no te preocupes porque tampoco he visto gran cosa.

Ella se sentó en el borde de la cama, mientras seguía cubriéndose. La presencia del hombre allí parecía tranquilizarla, parecía darle seguridad. Con una voz perfectamente natural, preguntó:

—¿Me has dicho antes tu nombre?

—No, no he tenido tiempo de hacer las presentaciones que manda la buena educación. Pero, por si te interesa, me llamo Robert.

—¿Por qué te habían enchironado?

—Espionaje.

—No me digas…

Robert se encogió de hombros. Le importaba muy poco lo que ella creyera o dejase de creer. Con las manos en los bolsillos,

susurró:

—Bueno, en realidad no soy un espía. No tengo talento para eso. Pero ayudé a un amigo que estaba metido en un lío, y él sí que trabajaba para otro país. Ya puedes imaginar para cuál: era un agente soviético introducido en las instalaciones nucleares francesas. Buen chico, no creas. Jamás tocó un centavo por su trabajo, pero en este cochino mundo nunca se sabe dónde está la verdad. Quizá en ninguna parte. El caso es que yo me metí en el lío y ya no supe salir de él. Resultado: soy uno de los espías más cochinos y corrompidos de Francia.

—No se pueden tener amigos —susurró ella—. Ni Amigas.

—¿Por qué dices eso? ¿En qué lío te habían metido a ti?

—Recogí en mi casa a una enfermera. No sabía que la policía la buscaba por asesinato, aunque se trataba de algo muy especial. Había matado a su madre, enferma de cáncer, para evitarle sufrimientos. La clásica eutanasia, que tanto se ha discutido. Yo no puedo opinar sobre eso porque hay que encontrarse en una situación tan dramática para tener derecho a juzgar. Pero el caso fue que la alojé sin saber que era una fugitiva, y entonces la policía me consideró su encubridora. Cinco añitos. Nadie creyó que me cargaran con una pena tan pesada, pero es así. ¿Por qué piensas que trataba de huir? Porque la sentencia me parecía injusta; sólo por eso. De lo contrario, me hubiera resignado.

Y como si con aquello se hubiera quitado un peso de encima, trató de sonreír. Sus ojos casi dulces se clavaron en el rostro de Robert. Después musitó:

—¿Tienes un cigarrillo?

—No. Ni eso.

—Parece que los gendarmes ya se han alejado, ¿no?

—Era lo previsible. Deben estar buscando como locos por todos los graneros y escondites de la población, sin imaginar que estamos nada menos que en el hotel. Claro que hemos tenido una suerte loca con lo de la documentación perdida… En fin, tampoco sé si ha sido suerte del todo. Me han tomado por un psiquiatra de verdad. Si mañana no salgo del paso, va a ser un lío.

—Mañana… ¿Y esta noche qué?

—Tendremos que pasarla juntos.

—Oye, yo no sé lo que piensas, pero al «oficio» no me he

dedicado aún. No pienses que esto va a ser una ganga.

—No pienso nada —dijo él, sonriendo con cansancio—. Todo mi interés está en que no me echen el guante otra vez. Unas piernas bonitas más o menos, no me van a hacer efecto ahora. Ah… Veo que hay un diván.

—¿Quieres que lo sorteemos?

—No, Me lo quedaré yo —dijo Roben con una sonrisa—. A pesar de todo eso de la igualdad de derechos, te doy la preferencia, Por cierro, y volviendo a lo del psiquiatra, hay un pobre visionario que sufre alucinaciones y que…

De pronto se interrumpió.

Había oído aquel grito ululante.

Y luego el impacto del cuerpo al caer. Y el traqueteo del hacha mientras chocaba con los peldaños. Y el tableteo de las puertas que en todas partes se abrían y cerraban bruscamente.

Bisbiseó:

—Infiernos…

Y salió a ver lo que ocurría. Sus pies casi tropezaron entonces con el muerto, al principio de las escaleras.

Robert sintió un pinchazo en los nervios. Quedó quieto, atónito, negándose a creer lo que veía. Tuvo que pasarse una mano por delante de la boca para no lanzar una exclamación.

—Dios eterno… —balbució.

También él estaba aterrado. Se negaba a creer lo que sus ojos veían. La sensación de lo sobrenatural le atenazó. Por unos instantes pareció incluso como si fuera a desmayarse.

—Doctor —dijo.

Miraba a Robert como si éste pudiera ayudarle en algo. Pero Robert tenía la mirada perdida y el pensamiento ausente. Sus ideas parecían bucear en otro sitio, más allá del tiempo. Porque otra vez volvían a él las palabras del hombre que ahora yacía entre un charco de sangre. Aquellas palabras que al principio le habían parecido las de un loco.

Una *mujer en su tumba de siglos… Un cadáver que no se había corrompido… Unas apariciones sin sentido… La leyenda de la Novia Roja… La maldición que envolvía la vieja abadía… Y ahora* la muerte.

Todo aquello le había parecido increíble cuando lo oyó. Le habían parecido las frases de un pobre loco.

Y sin embargo, no era así. Allí había algo. Sus ojos obsesionados pasearon por los peldaños manchados de sangre.

Vio la huella de un pie; una sola huella marcada en el rastro de sangre. Con los nervios en tensión, se incline sobre ella.

El pie que la había marcado era pequeño. Quizá un pie de mujer que además llevaba unos zapatos de salón. ¿Los *zapatos que quizá usaría une novia*?

El dueño de la pensión dijo como en un soplo:

—Hay que avisar a la policía.

—¿La policía?

Robert daba la sensación de no entender: por unos instantes, su mirada se había extraviado.

—No pretenderá que llame a los bomberos —dijo el dueño.

—Sí, claro. Tiene razón. Pero a mí que no me molesten. Este hombre no me había contado nada, ¿entiende? No me había contado nada.

Volvió la espalda y regresó a la habitación. Katty estaba muy pálida. Le miró también con ojos alucinados, puesto que lo había oído todo.

—Si viene la policía estamos perdidos —silabeó.

—Y si nos largamos también. Será como decirles a gritos dónde estamos.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer?

—Quedarnos —susurró él—. Voy a afrontar las cosas cara a cara.

—¿Pero te das cuenta de que…?

No, Robert no se daba cuenta de nada en ese momento Sólo de que estaba obsesionado y de que hubiera sido incapaz de largarse de allí. Decidió fiarlo todo a la suerte, puesto que no le que quedaba otro remedio.

Y la suerte le acompañó de nuevo, al menos de momento. El jefe del puesto de policía de Beaumont nada tenía que ver con los vigilantes del convoy que les estaban buscando. Era un tipo cachazudo y que no había visto a Robert jamás. Nada le daba derecho a pensar que fuera un fugitivo.

—¿Usted es el doctor Narcot? —preguntó, después de haber telefoneado a la Sureté de París para que algunos agentes especializados vinieran a hacerse cargo de aquel maldito embrollo.

—Sí —dijo Robert con voz insegura—. Soy el doctor Narcot, psiquíatra. La… la persona que acaba de morir me había hecho una consulta hace poco.

—¿Sobre qué?

—Tenía alucinaciones.

—¿De qué clase?

—Algo así como una pesadilla —dijo Robert queriendo quitar importancia al asunto para que no hicieran un informe sobre él—. Nada de especial. Imaginaba que una mujer le perseguía, y cosas así. Me dio la sensación de que era un tipo muy cansado y que había llegado al borde del stress. Le aconsejé que descansara para volver a vernos mañana, porque de momento su caso no me pareció importante.

—¿Dice que imaginaba que le perseguía una mujer?

—Sí. ¿Por qué?

—Porque la única huella que se aprecia en las escaleras, marcada por la sangre, es de un pie de mujer.

—En todo caso yo no puedo dar ninguna opinión —dijo Robert —. No me explicó su vida; sólo me habló de unas pesadillas que parecían no tener importancia.

—De acuerdo, de acuerdo… ¿Pensaba quedarse usted mucho tiempo en Beaumont?

—En vista de las circunstancias, quizá me largue mañana —dijo Robert, ansiando tener una excusa para salir de allí.

—Le ruego que se quede un día más, doctor Narcot. Por supuesto que no es una orden, pero nos haría un gran favor. Podemos necesitarle.

—Lo… lo comprendo.

—Gracias. Si le necesito ya le llamare.

Y el policía salió de la habitación.

Cuando estuvieron solos de nuevo, Katty musitó:

—Tenemos que largarnos de aquí. Hay que jugárselo todo a una carta.

—No seas estúpida. Esa carta no la íbamos a ganar nunca. Este sigue siendo, por el momento, el único sitio donde no nos buscarán, de modo que hay que quedarse.

—Quizá tengas razón… Pero en tal caso, hay que vigilar. Debemos saber con certeza quién entra y quién sale, para que si

viene alguno de los policías del tren tengamos tiempo de escondernos. O que al menos uno de nosotros pueda huir mientras el otro les entretiene.

—De acuerdo. Estaré en algún sitio desde el que pueda ver la entrada.

Y salió al vestíbulo. Había bastante gente allí, pero todo el mundo parecía aplastado por el horror. Los dos o tres policías locales se movían en silencio. Un fotógrafo tomaba vistas del cadáver y sólo se oía el «clash…, clash» monótono de su máquina.

Y entonces vio a aquella mujer.

Mediana edad, pero todavía bonita.

La vio avanzar hacia el *comptoir* después de mirar un poco asombrada en torno suyo, pero sin darse cuenta aún de que allí había un cadáver. Con voz tranquila preguntó:

—¿Está en su habitación el señor Paul Guery, el arqueólogo?

El dueño la miró como si ella formase parte de una alucinación.

—¿El señor Paul Guery? —balbució.

—Sí. Se aloja en esta pensión, ¿no?

—¿Para qué… quiere verle?

—Soy la profesora Adrianne Fabre, de la Facultad de Arqueología de París. Trabajamos juntos en esta comarca.

El otro se pasó el dorso de la mano por la boca. Como si tuvieran que arrancarle las palabras una a una, barbotó:

—Señorita Fabre, le ruego que… que mire lo que hay detrás de aquel grupo de personas.

Ella se volvió. Con pasos lentos, como una autómata, se acercó al grupo que acababan de indicarle. Miró por encima de los hombros. Y todo su cuerpo sufrió entonces una convulsión de horror.

La visión del cuerpo de Paul, en efecto, era siniestra, pero a ella no le causó ninguna sorpresa. Solamente le dio miedo. En el fondo parecía haber adivinado que aquello tenía que ocurrir, que la amenaza les envolvería viniendo desde más allá del tiempo.

—La Novia Roja… —balbució.

Uno de los policías se volvió hacia ella.

—¿Qué dice?

—Na… nada.

Y se volvió de nuevo. Caminaba como una sonámbula. Fue hacia

la puerta y tropezó dos veces antes de llegar a ella.

Cuando estaba de nuevo entre las sombras de la calle, el miedo se hizo obsesionante. Notaba que todo daba vueltas en torno suyo. Que las sombras la acechaban. Que cien manos ocultas surgían de la oscuridad y se acercaban a ella.

Se apoyó en una pared.

Notaba que la ahogaban las náuseas.

Y entonces apretó los puños con un gesto que era al mismo tiempo de decisión y de rabia. Tenía que marcharse de allí. Tenía que alejarse de Beaumont y de aquella maldita comarca antes de que fuera demasiado tarde.

Se dirigió a la estación. Ni equipaje ni nada. Lo único que le interesaba era huir, escapar, como si la persiguiese la propia muerte.

En aquel momento llegaba el expreso de Cherburgo, que tras una breve parada seguiría viaje a París. Adrianne no se molestó ni en tomar billete. Subió a uno de los vagones como una sonámbula, pensando que en todo caso ya pagaría la multa. Se dejó caer luego en los asientos de un departamento vacío mientras ante sus ojos parecía formarse una mancha roja que se hacía cada vez más grande, más enorme, hasta llenarlo todo.

La puerta del departamento se abrió entonces.

—Buenas noches —preguntó una voz—. ¿Puedo sentarme?

Adrianne levantó la cabeza.

Fue a decir que sí.

Pero su garganta se contrajo de pronto. Incapaz de decir una sola palabra, incapaz de chillar, incapaz de pensar siquiera, se encontró ante aquel rostro.

Ante aquella sonrisa helada.

Aquellas manos quietas.

Aquella mirada de la Novia Roja.

CAPÍTULO VII

LAS LUCES FUGITIVAS

Una cuchillada penetrando hasta sus entrañas no le hubiera causado aquella sensación de frío. Se encogió mientras unía las manos en un instintivo gesto de defensa. Abrió mucho la boca, pero sin decir una palabra. Se estremecía de horror.

Desde la puerta, la figura dijo:

—¿Qué pasa? ¿Está asustada?

—Pero usted… U… usted…

—No se preocupe, ya veo que no le gusta mi compañía —dijo la figura—. Le deseo un buen viaje.

Y la puerta se cerró.

Adrianne lanzó entonces un gemido.

Todos sus nervios se dispararon. El propio miedo que sentía le dio valor. Bruscamente saltó hacia la puerta y la abrió.

Pero ya no vio nada.

Sólo las luces fugitivas del paisaje.

El pasillo vacío.

Adrianne sintió en los huesos el frío de la muerte. Se dio cuenta de que la Novia Roja viajaba con ella. Era absurdo, era increíble, porque la Novia Roja estaba muerta y ella misma había podido convencerse de eso. Pero, sin embargo…, ¡estaba allí! ¡Palpitaba como una bestia al acecho! ¡Y la estaba buscando a ella!

Le horrorizó la perspectiva de viajar en aquel tren donde acechaba el más allá. De pronto el tiempo dejó de existir para ella. Todo era posible en aquel aberrante mundo donde los siglos no existían, donde el misterio de las épocas pasadas había vuelto a brotar.

Adrianne miraba ante sí con ojos alucinados.

La Novia Roja estaba allí y había empezado a ejecutar la maldición. Paul ya estaba muerto. Pronto le seguirían los otros, y uno de esos otros era ella misma.

Se llevó las manos a la garganta para no chillar.

Sentía una terrible náusea.

Y de pronto aquella mano posada en su hombro. La presencia magnética de alguien que estaba junto a ella. Y la voz:

—¿Adrianne…?

Adrianne se volvió. No chilló de horror porque aquélla, al menos, era una voz de hombre. Al girar observó los ojos grises, la mandíbula cuadrada, la expresión hermética y fuerte de aquel tipo que parecía capitán de un equipo de *rugby*. Vestía sencillamente y su traje estaba un poco pasado de moda, pero daba una sensación de enorme seguridad en sí mismo. Y, de un modo casi mágico, aquella seguridad se transmitía a los que estaban con él.

La todavía bonita profesora balbució:

—¿Quién es usted?

—Me llamo Robert.

—¿Pertenece…, a la policía?

—Oh, no… —Robert sonrió sin ganas—. Simplemente estaba en el hotel cuando usted entró. Y la he visto salir tan de prisa y tan asustada que me he decidido a seguirla. He tenido que tomar el tren en marcha.

—¿Por qué me ha seguido?

—Usted ha pronunciado en el hotel algo que no tiene sentido. Algo que me ha intrigado hasta el extremo de no poder olvidarlo.

—¿Qué he dicho?

—Sólo esto: «La Novia Roja».

Ella tuvo un estremecimiento, como si los recuerdos la ahogaran, pero la sensación de seguridad que se desprendía de aquel hombre la ayudó a sobreponerse. Con voz ahogada musitó:

—Menos mal que ha venido usted. Necesitaba… hablar con alguien. ¿Puede sentarse conmigo un momento?

—Naturalmente que sí. Sólo para hablar con usted he venido.

Los dos tomaron asiento en el departamento vacío. A través de la ventana seguían viéndose las luces fugitivas de las casas, pero la sensación de irrealidad había desaparecido. Adrianne empezó a pensar que lo de la Novia Roja quizá había sido, al fin y al cabo,

una estúpida alucinación.

—¿Cuál ha sido el principio de todo? —musitó Robert.

—René nos lo dijo… Allí imperaba una condenada maldición. Él lo sabía bien porque la abadía de Clercy había pertenecido a sus antepasados, pero aunque nos lo suplicó en todos los tonos, nosotros no quisimos hacerle caso.

—¿Quién es René?

—Uno de les miembros del grupo de arqueólogos. Tiene mucha experiencia y confiamos en él, pero en esta ocasión no quisimos escuchar sus palabras.

—¿Cómo tienen organizado su trabajo? ¿Dependen del Ministerio de Educación? O ¿Cobran del Estado?

—Todos damos clases en la Facultad de Arqueología —musitó Adrianne—, y por lo tanto somos funcionarios del Ministerio de Educación, pero ésa es solamente una parte de nuestro trabajo. Durante las vacaciones e incluso con motivo de numerosos permisos que nos son concedidos, trabajamos por nuestra cuenta formando una especie de sociedad. Nos pagamos los viajes y los materiales y trabajamos en los lugares más remotos, desde Persia hasta África del Sur, buscando los restos de antiguas civilizaciones. Hemos conseguido así resultados muy importantes.

—¿Y qué ganan con eso?

Ella le miró de soslayo como si no acabara de comprender.

—Hay cosas que no se miden por el valor material —dijo— pero de todos modos nuestros descubrimientos también tienen un valor monetario. Lo primero que conseguimos es que el Gobierno nos ceda, o sea que nos regale, el terreno en el que estamos trabajando. Por supuesto que es un terreno que sólo posee valor para los arqueólogos, porque en él no hay más que piedras. Y a veces ni eso: hace falta desenterrarías.

—¿El terreno, entonces, pertenece a todos?

—Sí. A la sociedad de que formamos parte. Si uno muere, los otros van adquiriendo a partes iguales la porción que ha quedado vacante. Pero repito que el terreno en sí no tiene ninguna importancia; si pedimos al Gobierno que nos lo ceda, es sólo para trabajar en paz. Por lo tanto poseemos pequeñas porciones en África, Oceanía, Persia y hasta en Europa, en lugares donde nadie había excavado antes, porque los grandes centros arqueológicos,

como por ejemplo Persépolis o Nínive, ya son propiedad del Estado y allí no hace falta descubrir nada.

—Lo entiendo muy bien. Y quedamos en que eso no tiene ningún valor.

—No, ninguno… Sin embargo, hay cosas que descubrimos y qué sí lo tienen. Viejas estatuas, documentos históricos de inapreciable calidad… Los museos norteamericanos pagan fortunas por esas cosas. En el último año, por ejemplo, hemos ganado cada una casi medio millón de dólares.

—¿Y eso también se lo reparten entre los demás en caso de que uno muera?

—No, eso no. Forma parte de nuestro peculio particular, y la verdad es que la mayor parte ya lo hemos gastado, porque nuestros sueldos de profesores dan para vivir mal y a nosotros, como a todo el mundo, nos gusta vivir bien. Lo único que tenemos en común son esas zonas que ya hemos explotado y que no valen nada. No adivino el sentido de sus preguntas, pero si piensa que alguno de nosotros puede tener interés en que los demás mueran, se equivoca. Un equipo como el nuestro cuesta mucho de formar, y cada baja que se produce significa una catástrofe, porque somos insustituibles. Aparte de eso está el compañerismo… y el hecho evidente de que una baja no proporciona a los demás ningún beneficio, sino un perjuicio irreparable.

—Lo comprendo muy bien.

—Ahora que sabe cómo estamos formados, le contaré lo que ocurrió. René estaba estudiando unos viejos documentos con mucho misterio, sin querer mostrarlos, Eso excitó nuestra curiosidad, porque se trata de un hombre que nos lo cuenta todo. Mediante un par de indiscreciones y de un espionaje muy poco elegante por nuestra parte, llegarnos a averiguar que se trataba de viejos documentos relativos a su familia. Porque René desciende de Normandía, de esta zona de la vieja abadía de Clercy. El apellido Beaumont es uno de sus apellidos.

—Entiendo.

—Nos costó mucho hacerle hablar, pero todos nos confabulamos para eso. Un día en que llegamos a medio emborracharle, nos lo contó llorando.

—¿Y por qué no se lo había contado antes?

—Porque tenía miedo.

—¿Miedo de qué?

—Era ese misterio obsesionante de la Novia Roja. Digo que era obsesionante porque él parecía no vivir. Parece que entre sus antepasados se había hablado mucho de esa extraña muchacha, una novia que fue violada y muerta por unos forajidos el día antes de casarse con el señor feudal de Beaumont. Luego resucitó y empezó una sangrienta venganza que llenó de horror esta comarca. Todo eso no lo cree nadie, por supuesto, pero la historia, o mejor dicho la leyenda, existen. Lo malo es que René lo cree a pies juntillas, quizá por tratarse de un viejo asunto de su familia. Los demás nos reíamos de eso…, hasta ahora.

Y le contó una serie de detalles más, desde el descubrimiento de la tumba con su aire irrespirable, donde era imposible la vida, hasta el momento en que ella penetró en la pensión y vio el cadáver de Paul. Robert la escuchaba en silencio, haciendo un gesto afirmativo de vez en cuando. Luego musitó:

—¿Y piensan que esa maldición podría alcanzarles a ustedes? ¿Por qué?

—Por el solo hecho de abrir la tumba. En eso sí que los arqueólogos nos encontramos en situaciones extrañas, imposibles de prever, y donde la historia se mezcla a la más desbordante fantasía. Por ejemplo, sabemos que algunas maldiciones de las tumbas egipcias son ciertas, y que los investigadores que las abrieron han acabado muriendo en circunstancias escalofriantes. Por lo tanto no tendría nada de extraño que esa tumba de la Novia Roja también fuera unida a una maldición, de la que nosotros seríamos víctimas. Lo que no tiene sentido en cambio, es lo otro: el que esa mujer aparezca donde menos se espera y con la mayor naturalidad, como si fuera una persona de nuestro tiempo.

Robert entrecerró los ojos mientras su pensamiento volaba.

Al fin musitó:

—Me temo que no podrá explicar nada a la policía; porque no la creerán. Pero lo que debe hacer es alejarse de aquí, y hacerlo cuanto antes. Éste es el único sistema que veo.

—¿Qué piensa que estoy haciendo?

—De todos modos me parece que no consigue huir, puesto que la Novia Roja está viajando con usted.

Todo el cuerpo de Adrianne fue recorrido por un estremecimiento.

Bruscamente el horror volvió a ella.

Robert siguió la dirección de su mirada.

—No lo haga —aconsejó—. El tren se detiene ahora en Petit Clermant durante minuto y medio, y por lo tanto podrá apearse. Nos volveremos a encontrar en la estación, pero antes permita que nos separemos. Me parece oír que llega el revisor.

—¿Usted tampoco tiene billete?

—No, y por una serie de circunstancias no dispongo de dinero para pagar además la multa.

—No se preocupe; yo puedo prestarle lo que necesite.

—Gracias, pero hay una serie de razones importantes que me impiden estar junto a usted. No conviene que nos vean juntos porque la comprometería. Soy un fugitivo de presidio.

Normalmente aquellas palabras hubieran asustado a Adrianne, pero ahora lo único que supo decir fue:

—Bueno, y… ¿y qué?

—Nada, excepto que pueden confundirla con una mujer que ha huido conmigo, y por lo tanto meterla en un lío de los más gordos. Cuando nos encontremos en Petit Clermant será distinto, de modo que tenga paciencia y no se asuste, obre con la mayor naturalidad, ¿entiende? Con la mayor naturalidad. Al fin y al cabo, son diez minutos escasos.

Se levantó y se fue. Distinguía la figura del revisor a través de los cristales esmerilados del fondo del vagón. Tenía que darse prisa si quería esquivarle. Se dirigió hacia el lado opuesto mientras el tren traqueteaba insistentemente al tomar una curva.

Adrianne esperó durante algunos minutos, mientras crecía su inquietud. Era extraño, pero el revisor no llegaba, cuando normalmente ya hubiera debido estar allí. Al fin se asomó al pasillo y vio que no había nadie.

El mismo silencio angustioso, fuera del traqueteo del tren.

Los revisores, a veces, vuelven sobre sus pasos para sorprender a los que viajan sin billete, y ésa debía ser la razón de que aquél no hubiera seguido su camino. Pero el miedo de la joven profesora aumentó. Aquella soledad la ahogaba. Incapaz de seguir en esa situación, fue a buscarle para pedirle que la acompañara al bajar en

Petit Clermant. En caso contrario, tenía miedo de una sorpresa.

Atravesó todo el vagón.

El monótono «traaaac… traaaac» le penetraba hasta el cerebro. Una media luz siniestra imperaba en todo el tren. Adrianne fue al vagón siguiente.

Y entonces se dio cuenta, con sorpresa, de que aquello era el furgón. Había allí la mar de trastos, de baúles, de cacharros, de objetos difíciles de clasificar. No se trataba del furgón donde iban los equipajes de los viajeros, sino de otro que habían enganchado al expreso por razones de urgencia. Daba la sensación de que allí estaba siendo transportado todo el equipo para una compañía de ópera.

Adrianne aún avanzó unos pasos.

Quizá el revisor estaba allí. O quizá se había ocultado allí Robert. Necesitaba en aquel momento como nunca una presencia amiga. La necesitaba…

No pensó que Robert había ido en dirección opuesta.

De pronto la puerta se cerró a su espalda.

Adrianne se volvió.

Las luces amarillentas del vagón se la mostraron entonces. La Novia Roja. Quieta allí. Hierática. Con una sonrisa siniestra en sus labios. Con la mirada perdida.

El hacha en su mano izquierda.

El hacha…

Bruscamente, la visión del cuerpo destrozado de Paul saltó a los ojos de la mujer. Se dio cuenta de que a ella le iba a ocurrir lo mismo. El horror la paralizó hasta el extremo de que no pudo ni siquiera echar el cuerpo hacia atrás.

Lanzó, eso sí, un alucinante grito.

El hacha cayó.

Adrianne notó el filo en su propia cara.

Y captó el sabor de la sangre. Su propia sangre.

Dio una vuelta, tratando de huir, pero le fallaron las fuerzas del todo. Ya fue incapaz de continuar. No podía. Cayó de rodillas, mientras ofrecía su nuca como una víctima presta a ser decapitada.

El hacha volvió a alzarse.

De la garganta de la Novia Roja brotó un gruñido parecido al de una bestia en celo.

El filo del hacha cayó.

Su fuerza y su precisión fueron diabólicas.

Y ahora sí que el vestido rojo de la novia se hizo más rojo aún; ahora sí que lo salpicó la sangre.

La cabeza de Adrianne había saltado separada del tronco.

Llegó hasta la ventana enrejada del furgón de equipajes, una ventana más pequeña y más alta que las otras, y se detuvo allí. Quedó inmovilizada sobre unas cajas. Detenida junto a los cristales.

Desde el exterior de los cristales podían verla.

Y así la distinguieron todos desde la humilde estación de Petit Clermant. Así desfiló la cabeza entre las luces amarillentas. Así, entre las neblinas bajas de Normandía, desfiló la muerte.

CAPÍTULO VIII

UN HOMBRE EN EL DISPARADERO

Robert suspiró aliviado al darse cuenta de que había tenido éxito en lo de despistar al revisor. Al menos había llegado a Petit Clermant sin sorpresas. Descendió y se enfrentó al frío de aquella estación aldeana, a las sombras que la cubrían, más allá de las cuales sólo tililaban unas cuantas luces. Unas pocas personas se afanaban para aprovechar el minuto y medio de parada del convoy, metiendo y sacando equipajes.

La mirada del hombre paseó por el andén. ¿Dónde diablos estaba Adrianne? Era increíble que no hubiese bajado aún, puesto que ella tenía el máximo interés en separarse de aquel tren de pesadilla. Cada vez más extrañado, Robert miró por el otro lado del convoy, pero allí sólo estaban las vías. Regresó al andén y volvió a mirar.

Nada. Y el minuto y medio se estaba consumiendo.

Corrió entonces a lo largo del tren, dispuesto a llamarla aunque eso fuera peligroso, y de repente se detuvo ante el furgón de equipajes. En éste sólo había una ventana enrejada. Y por ella le miraba Adrianne.

Robert sintió de pronto que todo daba vueltas en torno suyo. Vio aquellos ojos adormecidos y terriblemente quietos, Notó las partículas de sangre adheridas al rostro. Se dio cuenta de la posición del cuello.

Y entonces penetró en él la espantosa, la siniestra, la increíble realidad. Entonces, pese a toda su serenidad, sintió él también el frío de la muerte.

El jefe de estación vino hacia él. Algo extraño debía haber notado. Pero sin darse cuenta aún de la realidad, murmuró:

—¿Qué pasa?

Y de pronto lanzó un grito de horror. Hizo sonar su silbato de un modo estridente. Empezó a hacer aspavientos para que la gente viniera hacia él.

—¿Pero qué ha pasado? —Chilló—. ¿Desde cuándo está ahí esa cabeza?

Y de pronto, al volverse, ya no vio allí al hombre joven que antes le había llamado la atención; ya no pudo distinguirlo más. Misteriosamente, se lo había tragado la noche.

Parecía haberse esfumado entre los vagones quietos, entre las luces amarillentas. Se había transformado en un fantasma.

Y una espantosa oscuridad pareció abatirse sobre la pequeña estación mientras el aire se llenaba de gritos.

Nadie llegó a ver a Robert cuando éste se perdía en las tinieblas.

* * *

Volvió a aparecer apenas una hora más tarde en Beaumont. Uniendo un delito pequeño al gran delito por el que se le buscaba, había robado un coche en Petit Clermant y lo había abandonado a poca distancia de Beaumont, aunque cuidándolo como si él fuera su propio dueño. Incluso ajustó bien el ralentí, que no acababa de estar afinado.

Penetró en la pensión. Ya no había policías allí, y el cadáver de Paul tampoco yacía al pie de las escaleras. El encargado de noche, un hermano del dueño, le miró con ojos somnolientos.

—Hola, doctor Narcot —dijo—. La policía le buscaba.

—¿La de la plantilla de Beaumont?

—Sí, sí… Los de aquí. No sé qué querían preguntarle.

—Lo siento. He tenido que hacer una visita.

—¿Pero usted tiene clientes aquí? ¿No había venido de vacaciones?

—Ha sido una urgencia.

—De todos modos… ¡vaya descanso se está pegando! Crea que lo siento, doctor Narcot. No se va a llevar demasiado buen recuerdo de nosotros.

—Son cosas que pasan. Ustedes no tienen la culpa.

—La señorita… ¡ejem…! La señorita que vino con usted también le buscaba.

—¿Le ha ocurrido algo?

—No, no… Nada, por supuesto. Creo que ahora está en la habitación.

—Gracias —dijo Robert.

Y fue hacia allí.

En efecto, Katty estaba en la habitación.

Tendida en la cama.

La muchacha tenía los ojos muy abiertos. El cansancio la dominaba, pero sin duda no había podido dormir. Cuando vio entrar a Robert, dio casi un salto en la cama.

—Creí que te habían detenido —musitó.

—Poco ha faltado.

—¿Pero qué es lo que ha ocurrido? ¿Por qué te has ido después del crimen? ¿Qué querías averiguar?

—Te lo explicaré, pero disponte a oír algo que no te va a gustar.

—¿De qué se trata?

Robert se sentó en el borde de la mesa y dejó de fijarse en las turbadoras curvas de la chica. Hasta de eso llegó a olvidarse. Luego, con pocas palabras pero sin omitir detalle, contó todo lo que había podido saber acerca del maldito misterio que rodeaba a la Novia Roja.

Katty le escuchaba con extrema atención.

Cuando él hubo terminado, balbució:

—¿Qué piensas hacer ahora?

—¿Tú has llegado a creer algo de todo esto?

—Si no lo hubieras contado tú, lo más fácil es que me hubiese puesto a reír —dijo Katty—, pero no puedo negar una cosa que tú mismo has visto. Además, ésta es tierra de brujas, una extraña y vieja tierra de maldiciones donde todo parece posible. Algunos de los más interesantes y antiguos templos de Francia están aquí. Y algunos de los más antiguos cementerios, con tumbas que no se tocan durante siglos. En Normandía me siento inclinada a creer en todo.

—Pues al menos en esto te aseguro que si que puedes creer. Y hemos de hacer algo.

—Por ejemplo, huir —dije quedamente ella.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Quizá será porque esto me obsesiona.

Ella le miró mientras hacía un gesto de pesadumbre.

—Siempre serás el hombre que se mete en un lío tras otro Robert —murmuró—. Te apasionas por todo y no dejas a una persona en una estancada. ¿Qué tratas de hacer? ¿Salvar al resto de esos arqueólogos?

—No lo sé, pero lo cierto es que no podría vivir tranquilo en ningún sitio si me largara de aquí.

—Y si no te largas de aquí tampoco podrás vivir, porque te atrapará la policía.

—Bueno… En cuanto a eso quizá haya, un pequeño margen de respiro. El convoy con los presos se ha largado ya. Seguro que nos buscan en cualquier sitio menos en esta población, porque de ningún modo habrán imaginado que nos hemos quedado aquí.

—En fin, aun teniendo suerte, eso significa que tampoco puedes llamar a la policía. Lo que hagas, tienes que hacerlo solo. O quizá conmigo.

Robert se pasó el dorso de la mano por la boca.

—En fin —dijo—, de momento tenemos una serie de ventajas. Creen que yo soy el doctor Narcot, y además piensan que tú eres mi amiguita, que estamos corriendo una hermosa aventura. Nadie se va a meter con nosotros durante un par de días, y eso nos da un margen. Iré a ver a René, que era el que conocía mejor esa historia.

—¿Pero dónde está?

—La pobre Adrianne me lo explico. Debido a la pequeñez de estas pensiones, se han alojado en un sitio distinto cada uno. René está en *Le Chevalier Servant*, a unos dos kilómetros de aquí. Es un sitio para citas galantes, pero a él parece que eso le importa poco. En cinco minutos llego, puesto que he robado un coche.

—Te estás arriesgando hasta el límite, Robert. Imagina que te atrapan con…

—¿Con un coche robado? Ya no viene de un delito. De todos modos lo estoy cuidando mucho y procuraré no tener ningún accidente. Ah… Pienso deslizarme desde esa ventana. Es necesario que la gente no me vea salir y que piense que estoy contigo durante toda la noche.

—Pues se van a morir de envidia —dijo ella con un gesto voluptuoso.

Robert sintió aquella tentación en su carne, en su sangre.

Y la besó.

Abrió la ventana y te deslizó por ella silenciosamente. Las sombras le envolvieron otra vez.

Y, curiosamente, no sentía miedo. Ni el más mínimo temor anidaba en él. La curiosidad por encontrarse con la Novia Roja superaba cualquier clase de temor que hubiera podido sentir.

Llegó de nuevo hasta el coche robado y subió a él. Cinco minutos más tarde estaba ante *Le Chevalier Servant*.

Era una antigua casa de piedra, muy bonita, con ese tono especial de las casas solariegas francesas. La hiedra trepaba por las paredes. Una lucecita discreta invitaba a los que pasaran allí de noche.

Un conserje estaba allí de servicio. Miró a Robert con curiosidad, como si le preguntara sin palabras dónde estaba su pareja.

—Aquí se hospeda un arqueólogo —dijo el recién llegado con una sonrisa—. El profesor René Flot.

—Ah, sí… Los arqueólogos son gente extraña, si me permite decirlo. Pero al profesor Flot lo conocemos desde hace mucho tiempo. Recibe a la gente a cualquier hora, ¿sabe? Tiene la habitación ocho.

—De acuerdo; gracias.

Robert subió.

Llamó discretamente a la puerta.

—Adelante —dijo una voz.

René estaba sentado ante una mesa de trabajo y parecía muy inquieto, muy preocupado. No se había metido en la cama a cesar de la hora. Clavó en Robert unos ojos cargados de inquietud, coma si se preguntase quién diablos era.

—Soy el doctor Narcot —mintió él.

—¿Y qué quiere?

—Por una serie de circunstancias, he conocido a dos de sus compañeros de trabajo.

—¿Quiénes?

—Paul y Adrianne.

—Ah, sí… Paul y Adrianne. Si quiere hablarme de ellos, pase y siéntese. No se quede en la puerta.

Robert penetró en la habitación y respiró aquel ambiente tranquilo pero que, sin embargo, estaba cargado de invisibles tensiones.

—No sé si usted ha oído los boletines de la radio, señor Flot.

—No. Aquí no hay radio, afortunadamente.

—Entonces debo darle dos malas noticias. Mejor que se entere por mí que por otra persona.

Y le contó todo lo que sabía. No le dijo, naturalmente, que él era un fugitivo. Siguió presentándose como el doctor Narcot. Pero, por otra parte, no omito ningún detalle acerca, de les dos crímenes de que había sido testigo. Notó que las facciones de René se iban volviendo de color ceniza.

Estaba aterrado.

Todas aquellas palabras parecían hundirle en su propia fosa.

Pero no hizo ningún comentario hasta que Robert terminó. Aquello no parecía sorprenderle de ninguna manera. Al contrario, daba la sensación de que todos esos sucesos eran para él absolutamente inevitables.

—Desde que insistieron en abrir aquella tumba, estaban condenados a muerte —dijo con un hilo de voz—. Se lo advertí. De lo único que me acuso es de haber sido demasiado flojo, de no haberme hecho respetar en ese momento.

—Tampoco le hubieran hecho caso. Yo no soy arqueólogo, pero me hace el efecto de que ustedes son un poco los cazadores: les obsesiona la persecución de la presa.

—Eso no era un descubrimiento. Era una maldición.

Robert dijo con voz opaca:

—Llame a la policía, señor Flot.

—¿Por qué no lo ha hecho usted?

Robert se mordió el labio inferior.

—Yo no estoy en el asunto. Me he visto envuelto en él accidentalmente. Es usted el que debe dar a esto un estado oficial.

—¿Para qué? Si los dos asesinatos han sido descubiertos, como usted me dice, la policía ya ha intervenido.

—Pero no conocen la historia. No saben a qué clase de misterio se enfrentan. Es usted quien les puede hablar.

—¿Y cree que me harán caso?

—Al menos debe intentarlo. Es el único camino.

René hizo un gesto de resignación. La sensación de cansancio que daba se acentuó. Mientras dejaba caer los restos de un cigarrillo, dijo:

—Lo haré, pero me aterroriza desvelar según qué secretos. Verdaderamente sólo un arqueólogo podría entenderlos. La policía no, y mucho menos la Prensa. Temo que todo esto, en manos de según qué reporteros, se transforme en una especie de guignol sangriento.

—Lo sé, pero es un riesgo que hay que correr. Ah… Otra cosa.

—¿Qué más ocurre?

—Todos los que ven a la Novia Roja mueren. Por lo que yo sé, aparece ante sus víctimas antes de acabar con ellas. Diríase que les avisa, pero lo hace con un aspecto completamente normal. O como la doncella de una pensión o como la viajera de un tren. Sin embargo, los que la ven ya no lo cuentan. Todos mueren.

—¿Piensa que no lo sé? ¿Qué otra cosa advertí a mis amigos?

—Pero tenga cuidado.

—¿De qué?

—Si ve a la Novia Roja, lárguese cuanto antes.

René sonrió amargamente. Daba la sensación de encontrarse en un callejón sin salida. Mientras movía la cabeza susurró:

—Claro que huiré si la veo. ¿Piensa que no tengo miedo? El miedo me paraliza, se lo confieso. Pero sé que si la veo no tendré escapatoria. Va a ser inútil.

Robert se puso en pie y le estrechó la mano. Algo le decía que quizá no iba a ver a aquel hombre vivo nunca más. Pero por su parte había hecho todo lo posible para que la policía conociese la verdadera historia. O la verdadera maldición. Ya no sabía qué nombre dar a aquello.

—Voy a marcharme, señor Flot —dijo—. Le deseo mucha suerte.

—¿Dónde se hospeda usted?

—En la pensión de Beaumont, en el mismo sitio que Paul.

Al instante lamentó haberlo dicho, pues quizá la policía vendría a molestarle y, ya se sabe: un policía llama a otro. Pero ya no podía volver atrás, de modo que volvió a sonreír mientras repetía:

—Buena suerte.

Y salió de allí. René vino con él hasta el final del pasillo. Cuando se encontraba en él, dijo con voz ahogada:

—Me siento mal. Tengo ganas de…, de…

No hacía falta que lo dijese. Se notaba que iba a vomitar de un momento a otro. Y era natural, puesto que todas aquellas noticias y la certidumbre del peligro que corría le tenían que haber revuelto el estómago. De modo que fue con rapidez hacia una habitación que había al otro lado del pasillo.

Entró y se inclinó sobre el lavabo.

Sus facciones estaban amarillas.

A través del cristal, mientras se inclinaba, vio las baldosas blancas, vio los grifos, vio la cortinilla de la ducha, vio la mano que la apartaba lentamente.

La mano que la apartaba lentamente…

Era fina y blanca. Una mano de mujer.

La cortinilla se descorrió por completo, y entonces pudo ver a la mujer que estaba dentro del recinto de la ducha. Pudo ver su cara tan bien conocida. Su mirada quieta. Su sonrisa helada. Pudo ver la cara, los ojos, los dientes de la Novia Roja.

CAPÍTULO IX

NIEBLA

Robert no se había alejado de allí, y por lo tanto, oyó el grito sordo que aquel hombre lanzó en el momento del descubrimiento. Giró sobre sus tacones con la rapidez del rayo mientras el grito se repetía.

Inmediatamente se oyó un estrépito de cristales rotos.

Robert corrió como una exhalación hacia la puerta del cuarto de baño, pero René la había cerrado por dentro. El joven tuvo que lanzarse dos veces contra ella para derribarla. Lo que vio le hizo estremecer, aunque su pronta intervención había evitado que allí ocurriese en realidad algo.

René, terriblemente pálido, estaba, caído sobre la taza de la ducha. Sus ojos vidriosos no parecían mirar a ninguna parte. Se había llevado las manos al pecho, pero no estaba herido. Posiblemente le fallaba el corazón.

El cristal situado encima de la pica del lavabo estaba roto. Junto a él se veía un instrumento que hoy ya no se usa para fines pacíficos, sino solamente para fines criminales, pues algunos asesinos a sueldo, especialmente en Norteamérica, aún lo emplean: un punzón de partir hielo. Aquel punzón clavado en un hombre producía el mismo efecto que si le hubieran clavado una lanza.

Pero en esta ocasión no había alcanzado a René. Seguro que éste había podido apartarse a tiempo, haciendo que la terrible punta de acero destrozara el cristal. Si aquello llega a clavarse en su nuca, seguro que le sale por la boca. Esta vez René había tenido una suerte que quizá no se repetiría nunca más.

Jadeaba como un animal herido.

Y por la dirección de su mirada, comprendió Robert por dónde

había huido su misteriosa atacante. La ventana del cuarto daba a un patio interior y era lo bastante grande como para que por ella pudiera deslizarse una persona joven y ágil. En el alféizar había quedado enganchada una pequeña porción de gasa roja.

Robert la miraba como hipnotizado.

Todavía caído en el suelo, como sin fuerzas para levantarse, René balbució:

—Era… era ella.

—¿La Novia Roja?

—Me estaba esperando… ahí.

—¿Pero cómo sabía que iba a ir usted al lavabo?

—Seguro que estaba oculta para…, para entrar luego en mi habitación.

Robert sintió un estremecimiento.

—Las otras veces ha avisado —dijo Robert con voz inexpresiva —. Sí, eso es. Las otras veces se ha aparecido antes de matar. Pero ahora…

—Debe darse cuenta de que estamos prevenidos —dijo René—. Es muy astuta. Sabe que no puede exponerse, De no ser por usted, que ya estaba golpeando la puerta desde el otro lado, es seguro que hubiese llegado a clavarme el punzón en el cuello. Yo estaba completamente aterrorizado y no podía hacer nada para defenderme. Me faltaban fuerzas hasta para volver la cabeza.

—Lo comprendo muy bien.

Y Robert se acercó a la ventana, recogiendo aquel pedazo de tela que casi se le deshacía en los dedos. De un modo maquinal, lo guardó. Luego miró más allá de la ventana, miró la noche negra a través de la cual, desde la distancia, quizá le estaban contemplando también a él los ojos de la Novia Roja.

El conserje apareció entonces en el umbral, junto con un par de huéspedes asustados por el estrépito. Todos miraron atónitos el interior del cuartito.

—Alguien ha intentado atracar a este hombre —dijo Robert para evitar enojosas explicaciones—. Yo soy el doctor Narcot, médico psiquiatra, y el señor René Flot es mi paciente. Se ve que había un ladrón aquí dentro esperando su oportunidad. Creo que el señor Flot ha tenido mucha suerte al salir ileso.

—Oiga… —dijo el conserje—, aquí no hay ladrones…

—Simple casualidad —musitó Robert—. Ni en los mejores sitios se puede evitar que entre algún maleante. Pero no ha ocurrido nada importante, de modo que yo ni siquiera avisaría a la policía. ¿Verdad, señor Flot?

René hizo un gesto afirmativo. Por fin, había podido levantarse y parecía un poco recuperado. Musitó:

—Sí, tiene razón el doctor Narcot. Yo creo que es mejor no…, no avisar a nadie.

Robert se largó.

Estaba seguro de que la Novia Roja no iba a repetir su golpe, al menos por aquella noche y estaba convencido de que René Flot no presentaría su denuncia a la policía, sobre los misteriosos asesinatos ocurridos, hasta la mañana siguiente.

Por lo tanto él nada tenía que hacer allí.

Tomó el coche y fue por caminos vecinales y casi impracticables hasta la pequeña ciudad de Beaumont. Ya se había arriesgado bastante por los caminos principales, que seguramente estaban vigilados por la policía. Después de llegar sin novedad, se metió en la habitación donde Katty dormía profundamente.

Ella ni se dio cuenta de que alguien entraba.

Para la Novia Roja hubiera resultado sencillísimo liquidarla, pero Katty no tenía motivos para temer. Ella no estaba incursa en la maldición. Ella no había abierto la tumba de la abadía de Clercy, donde reposaba el misterio del tiempo.

Robert, el falso doctor Narcot, se tendió en el diván y acabó durmiéndose también. A su lado tenía una mujer hermosa, pero no le hizo maldito caso.

Luego, si llegaba a viejo, explicaría que había tenido grandes aventuras. Y quizá encontraría a alguien que le creyese.

* * *

A la mañana siguiente hizo una gestión que para él resultaba inevitable. Fue a la única tienda de tejidos importantes que había en Beaumont; una fábrica de esas pequeñas y excepcionales tiendas de lugares pequeños donde a veces son fabricados a mano los propios tejidos que se venden.

El dueño examinó la pequeña porción de gasa que el joven le tendía. La tocó. La olió. Durante algunos instantes fue presa del

asombro.

—¿De dónde ha sacado esto? —susurró.

—Yo soy coleccionista de tejidos —mintió Robert—, y tratan de venderme una porción de éste como si fuera muy antiguo, pero no estoy seguro de que lo sea. Mis conocimientos no llegan a tanto.

—Pues es asombroso…

Robert sintió un estremecimiento. Hubiera preferido que aquello fuese un engaño. Que la Novia Roja no fuese más que un sangriento fraude. Pero, por lo visto, no lo era.

—Este tejido tiene muchísimos años —dijo el comerciante, mientras lo examinaba con una lupa—. Este trenzado de los hilos ya no se efectúa desde hace varios siglos; se empleaban para ello ruecas que hoy ni siquiera existen. Y, cuando existen, están en los museos y no funcionan. El tinte rojo también es antiquísimo: se nota fabricado con sustancias animales, como se hacía en la Edad Media, unas sustancias muy complicadas de preparar y que nadie se le ocurriría emplear hoy, porque todos los tintes modernos son sintéticos. En resumen, ¿por qué no me vende a mí esta pieza? Le daría un buen precio. Es asombrosa…

Robert tragó saliva.

—Primero hace falta que me la vendan a mi —dijo—. Pero no se preocupe: si puedo hacerme con ella, se la traeré y es seguro que llegaremos a un acuerdo.

Salió de allí mientras le dominaba una sensación de vértigo.

Casi temblaba.

Regresó a la pensión. Katty ya estaba desayunando y le acogió con una sonrisa que quería ser alegre. Cuando el joven se sentó a su lado, ella preguntó en voz baja:

—¿Cuánto tiempo crees que puede seguir esto…? ¿Cuánto piensas que tardarán en descubrirnos…?

—Sólo tenemos un elemento a nuestro favor, y es que nos suponen en cualquier sitio menos aquí. Pero, por lo demás, es cuestión de suerte.

—¿Y cuánto crees que durará esa suerte?

—Pongamos dos días como máximo. En ese tiempo, por simple ley de probabilidades, alguien se fijará en nosotros y nos echará el guante. Pero aún tenemos un mínimo de veinticuatro horas para estar aquí con relativa seguridad.

—¿Y qué vamos a hacer en esas veinticuatro horas?

—Intentar desentrañar ese misterio que no me deja vivir.

Ella asintió con una débil sonrisa.

—¿Sabes qué haríamos si fuésemos inteligentes, Robert? Intentaríamos largarnos. Esto, en el fondo, no nos importa. Pero somos imbéciles y por eso nos quedamos, ¿no? Estamos poniendo las manos juntas sobre la mesa para que la policía llegue y nos clave las esposas.

Pero hizo un gesto de resignación mientras decía estas palabras. No había ningún reproche en ellas. Con voz tranquila añadió:

—Cada uno es como es, Robert, y prefiero que tú y yo seamos así. Y ahora veamos: ¿qué has averiguado tan a primera hora de la mañana?

—Que la Novia Roja es un *bluff*: es una siniestra verdad. Entiéndeme: ya sabíamos antes que era verdad, pero ahora he comprendido además que viene del fondo del tiempo, tal como la leyenda dice. Me temo que no vamos a poder luchar contra eso, pero es un misterio que me obsesiona.

Y alzó la cabeza. Porque en aquel momento alguien se había detenido ante su mesa. Era un hombre aún joven, de unos cuarenta y cinco años. Vestía con cierta descuidada elegancia; se notaba en él al intelectual que hace esfuerzos por no parecerlo.

—¿Doctor Narcot? —susurró.

Robert no se había acostumbrado aún a su nuevo nombre, de modo que vaciló unos momentos. Luego dijo:

—Sí, soy el doctor Narcot. Pero si trata de hacerme alguna consulta, le aseguro que… En fin, estoy de vacaciones y además han ocurrido tantas cosas últimamente que soy el que va a necesitar el psiquiatra.

—No se trata de ninguna consulta profesional —dijo el hombre mientras se sentaba—. Con permiso… Me llamo Pierre Duran. Soy uno de los arqueólogos que intervinieron en el descubrimiento de esa maldita tumba arqueológica.

Robert inclinó la cabeza con un gesto de repentino interés.

—¿Cuántos eran ustedes? —susurró.

—Bueno… Aparte de Paul y Adrianne, que ya están muertos, y aparte de René, que se opuso a las excavaciones, quedamos cuatro. Uno de ellos soy yo, y le prometo que tengo miedo. Por eso he

venido a hablar con usted.

—Me temo que voy a poder ayudarles en bien poca cosa, Pierre.

—¿Usted aconsejó a René que hablara con la policía?

—Sí, anoche. Ignoro si lo ha hecho ya.

—No, no lo ha hecho porque se siente tan nervioso tan asustado que no es capaz de nada. Me ha pedido que lo hiciera yo en su nombre, puesto que conozco igualmente los detalles de aquella maldita excavación. Pero antes quiero saber si es cierto lo que me ha contado del intento de asesinarle. Está tan trastornado que no dice más que incoherencias. No sé si creerle.

—¿Qué le ha contado?

—Que anoche le visitó usted. Que él se asustó mucho y sintió una náusea al conocer lo de las muertes. Que tuvo que ir al lavabo con urgencia y que allí le estaba esperando la Novia Roja. Se salvó por milagro, y precisamente porque intervino usted a tiempo. Ella estuvo a punto de clavarle un punzón de partir hielo en la nuca.

—Es verdad lo que le ha dicho. No le mintió.

—Ya sabía que René es incapaz de mentirnos voluntariamente a uno de nosotros, pero le he visto tan aterrado que me pareció que fantaseaba. Se ve que ha pasado una noche de todos los infiernos. ¿Usted cree que debo avisar a la policía y contar todo lo que sé sobre esas excavaciones?

—Por descontado que sí; en el caso de que René no lo haga, debe hacerlo usted.

—De acuerdo; sólo quería asegurarme de que no doy un paso en falso. Y ahora voy hacia allí. René me ha aconsejado que no presente la denuncia directamente ante la gendarmería local, sino ante el juez del partido. Él al ser un hombre más culto, me comprenderá mejor y me aconsejará. Después podemos ir juntos a ver los gendarmes.

—Me parece una idea muy razonable —dijo Robert.

—¿Me acompaña?

—¿Yo? Pues… ¡ejem…! Tengo cosas muy importantes que hacer esta mañana, ¿sabe? Prefiero no acompañarle.

—De todos modos, gracias.

Pierre se alejo - Se le veía Preocupado, hundido, pero estaba seguro de que se sentiría mejor cuando la policía conociera las raíces de todo aquel misterio. Tomó su Fiat 128 y rodó hacia

Malençon, donde estaba situada la cabeza del partido.

El edificio del juzgado era tan tétrico como una vieja mazmorra. Tenía solemnes muros, ventanas enrejadas, puertas claveteadas y siniestros pasadizos. Sólo le faltaba una horca en lo alto de la torre, porque eso sí hasta una torre de piedra negra tenía, a fin de no privarse de nada.

Pierre se acercó a la entrada de aquel escenario de una película de horror. Un conserje estaba medio adormilado leyendo un Lid con chicas ligeras de ropa Abrió si poco el ojo al ver a Pierre.

—¿El señor juez? —preguntó éste.

—¿Para qué quiere verle?

—Deseo presentar una denuncia.

—No sé si han venido los empleados aún. El señor juez, seguro que sí. Mire, vaya al fondo del pasillo y encontrará una secretaria. Hable con ella.

—Bien. Gracias.

Pierre avanzó por el pasillo oscuro donde había unos edictos polvorientos, unos remotos legajos colgados en un tablero de anuncios, un retrato del presidente de la República (aún era el de Pompidou porque nadie se había preocupado de cambiarlo), una inscripción medio rota de *Liberté, Egalité, Fraternité* y una escupidera que debía haber sido usada por los soldados de San Luis. El tiempo inextinguible también flotaba allí, como en las viejas tumbas. No se oía ni un murmullo en toda la siniestra casa.

Pierre también sintió miedo.

Pero no le gustaban aquel silencio, aquella soledad, aquella oscura sensación de haber atravesado otra vez las barreras del otro mundo.

No distinguió a nadie.

Sólo había una sala con legajos polvorientos.

Mesas vacías.

Y una bombilla amarillenta encendida a pesar de ser casi las diez de la mañana. Un gato encrespó el lomo al ver a Pierre, mientras gemía lastimeramente.

—¿No hay nadie aquí?

Silencio.

—¿No hay nadie aquí?

Más silencio, pero ahora hubo una variación, se oyó el chirrido

de una puerta. Una voz opaca pregunto:

—¿A quién desea ver?

Pierre volvió la cabeza.

Y entonces la distinguió en el umbral.

Mirándole.

Con una sonrisa helada en sus labios.

Allí estaba la mujer a la que no creyó ver en vida jamás.

Allí estaba la Novia Roja.

CAPÍTULO X

UN SALUDO DE LOS MUERTOS

Las piernas de Pierre vacilaron. Porque lo más asombroso, lo más increíble para él dentro de aquel mundo increíble, era que la Novia Roja no tenía nada de siniestro. Él reconoció su cara como la hubiera reconocido entre un millón, pero por lo demás no era la misma. Vestía como una secretaria un poco anticuada y pasada de moda. Llevaba un jersey gris y un collarcito de perlas. Los zapatos de tacón curvo parecían haber sido comprados a principios de siglo.

Pero era ella.

¡Era ella, la Novia Roja!

La voz opaca volvió a preguntar:

—¿A quién desea ver?

Pierre no pudo contestar. Fue incapaz de decir una palabra. Miró bien aquella cara. Sus rasgos quedaron marcados para siempre en su cerebro como una maldición, como una amenaza sin nombre.

De una forma impulsiva, fue hacia la puerta que tenía más cerca. Era incapaz incluso de pedir socorro, y además sus propios gritos le hubieran dado vergüenza. Tropezó con unas escaleras de piedra que sin duda llevaban a la torre.

Todo aquello parecía muerto, aplastado por el peso de, los siglos.

Y aunque a él le parecía mentira que uno pudiera sentir aquel terror a las diez de la mañana, a plena luz del día, lo cierto era que lo estaba sintiendo. Sus nervios estaban destrozados. Los ojos se le salían de las órbitas y sus pensamientos eran un volcán.

Ascendió penosamente mientras se apoyaba en la pared.

Todo daba vueltas en torno tuyo.

Una puertecilla claveteada parecía marcar la entrada del

torreón, y se precipitó hacia ella. En lo alto del torreón le vería todo el mundo. La Novia Roja no podría nada contra él. Sus manos ansiosas palparon aquella puerta.

Y entonces oyó el brusco crujido.

La puerta se abrió.

Y otra vez la boca. Los ojos.

El frío contacto del cuchillo…

La Novia Roja estaba allí.

Sus manos se movieron un poco.

Pierre sólo dijo con un soplo de voz:

—No…

El cuchillo se hundió en su garganta. Hizo un rápido zigzag. Pierre vio saltar al aire unas gotas rojas sin darse cuenta de que era su propia sangre.

Y luego el silencio se hizo para él.

El más absoluto, el más espectral, el más sucio silencio.

El cuerpo de Pierre rodó por las escaleras. Cuando alcanzó el último peldaño, ya estaba sin vida. En un último espasmo, las manos se elevaron hasta la garganta rota.

La Novia Roja desapareció poco a poco. Una helada sonrisa seguía flotando en sus labios. Cerró la puerta con cuidado, como si quisiera conservar intacto hasta el fin aquel edificio antiguo.

Luego desapareció. No hizo el menor ruido. Cualquiera hubiese dicho que acababa de esfumarse en el aire.

Capítulo XI

UN MUERTO SOBRE MI CABEZA

Robert esperó con impaciencia que Pierre volviese, mientras consultaba su reloj en uno de los pasillos superiores de la pensión. No se atrevía a entrar en el vestíbulo por miedo a que un policía llegase y le reconociera. En aquellos momentos era ya más que posible que se estuvieran repartiendo fotografías suyas por la comarca.

Pero Pierre no llegaba. Las horas se iban sucediendo lentamente, como una angustiosa obsesión. Comió en la habitación, junto con Katty, sin que le llegara la menor noticia. De todos modos algo malo debía haber sucedido, porque la policía local no se acercaba por allí. Debía tener trabajo en otro sitio.

Hacía las seis, empezó a oscurecer.

Todos los tejados de la ciudad adquirieron un relieve siniestro. Las torres medievales se recortaron contra el cielo. Toda la ciudad pareció quedar dormida, pues hasta había cesado el tráfico de coches.

El falso doctor Narcot miraba el reloj sin comprender lo que estaba ocurriendo, pero algo le decía que el misterio se había hecho más espeso, más oscuro. Si Pierre no había vuelto, era quizá porque también Pierre acababa de morir.

Katty, también dominada por la impaciencia, susurró:

—Voy a subir al tejado del edificio.

—¿Para qué?

—Estoy impaciente. Quiero saber si Pierre vuelve. Se ha llevado un «128», ¿verdad?

—Sí, eso me ha parecido.

—Pues voy a…

—No te preocupes. Subiré yo. Te confieso que también estoy impaciente. Tú vigila mientras tanto por si en el vestíbulo se presenta algún policía o notas algún movimiento sospechoso.

—De acuerdo.

Robert volvió primero a la habitación que compartía con la muchacha (aunque de eso hubiera obtenido muy poco provecho) para cerciorarse de que en caso necesario podrían huir por la ventana. No había ningún obstáculo que les cortara el paso. Y entonces notó por segunda vez aquella sensación que ya había notado durante la noche.

Un olor corrompido.

Pero no era un olor que viniese de la propia habitación.

Venía del techo.

Robert miró hacia arriba con aprensión y no distinguió ninguna fisura, ninguna grieta. Aquello debía dar al desván. El olor era insistente y a veces parecía filtrarse por las más pequeñas rendijas.

Extrañado, subió por los viejos peldaños de madera.

La oscuridad ya imperaba allí.

Había momentos en que tenía la inexplicable sensación de que iba a encontrarse con la Novia Roja.

Vio una puerta.

Nadie debía haber subido allí en las últimas horas, y eso explicaba el hecho de que aquel olor insistente no hubiera llamado la atención. Aquel olor parecía solidificarse en la puerta; parecía llenarlo todo.

Robert lo identificó al instante: un muerto que llevaba allí más de tres días. Poseído por un ciego impulso, abrió aquella puerta.

Y entonces vio aquel rostro espantoso y que parecía devorado por la lepra. Entonces vio las manos parecidas a garfios. Surgiendo del fondo de aquel olor nauseabundo, el monstruo vino hacia él.

Llevaba un garfio de carnicero y, a corta distancia un garfio es un arma tan mortífera como la primera y además mucho más siniestra. Con un gruñido, el monstruo se lanzó al ataque. Robert apenas distinguió el relampagueo ante sus ojos.

La atmósfera era fétida.

Causaba una terrible náusea entrar allí, pero el monstruo parecía sentirse a gusto. Al fallar el primer golpe, atacó de nuevo. Robert había tenido el tiempo justo para ladear la cabeza.

El garfio rozó la jamba de la puerta y arrancó astillas. Se oyó un chirrido. La cara deforme, angustiada, parecía llenarlo todo. La pieza de acero volvió a volar.

Robert contorsionó ahora todo el cuerpo, chocando con la pared. El chirrido siniestro volvió a repetirse, porque ahora el garfio había dejado al desnudo toda una hilera de ladrillos. Si llega a alcanzar el cuello de Robert, se lo desgarra de parte a parte.

El monstruo giró.

En la cara abrasada, los ojos se le salían de las órbitas.

Intentó atacar de nuevo, pero ahora Robert había reaccionado. Comprendía que se jugaba la piel, y que si cedía acabaría pronto como el horrible cadáver medio descompuesto que se veía al fondo. Disparó su pierna derecha buscando el bajo vientre de su enemigo.

Y lo encontró.

Al menos en aquello, el monstruo era normal.

Lanzó un gemido mientras caía de rodillas. Pero no por eso disminuyeron sus fuerzas ni su salvaje furia, porque aún intentó cazar con el garfio las piernas de Robert. Éste tuvo el tiempo justo para saltar hacia atrás, volver a atacar y clavar un terrible puntapié en la mandíbula de su enemigo.

Fue un verdadero golpe de K. O. El monstruo vaciló y sus ojos se volvieron blancos un momento, haciendo su aspecto aún más horrible. Pero no soltó el garfio; no dejó tampoco de mover con rabia su brazo derecho.

Robert sólo tenía un arma y la usó. No le quedaba otro remedio. Alzó el enorme candelabro de bronce, resto quizá de una iglesia, que estaba en el desván con otras antigüedades. Su fuerza fue la de un auténtico campeón.

Se oyó el golpe seco al chocar contra el cráneo.

Saltaron unas gotas de sangre.

Y se oyó un gruñido que esta vez quedó cortado bruscamente.

El terrible impacto había hundido la bóveda craneana del asesino. Éste había vuelto a refugiarse allí porque pensaba que no encontraría un lugar más seguro, pero ahora le rodeaba la muerte. La muerte había entrado en su cabeza como un trueno. Cayó a un lado con los ojos en blanco.

Robert dejó caer el candelabro.

Lamentaba tener que haber hecho aquello. Le dolía ser

instrumento de la muerte. Sólo al pensar que había defendido su propio pellejo se sintió justificado, aunque apartó la mirada como si se avergonzara de sí mismo.

Y también porque el efecto que producía el monstruo era sobrecogedor. Ni en las más perfectas películas de horror se habían visto caras como aquéllas.

En aquel momento se oyeron pasos en la escalera. Alguien subía. Robert mismo abrió la puerta.

El dueño de la pensión farfulló:

—Pero, doctor Narcot…

—Tenía usted un cementerio en su casa —dijo Robert con voz inexpresiva—. No sé cómo no se había dado cuenta.

El hombre entró. Sus ojos se desencajaron ante el espectáculo.

—Es imposible… —balbució—. Pero si yo…

No pudo decir nada más porque en aquel momento llegó uno de los agentes de la gendarmería local. El ruido le había advertido. También con ojos desencajados miró los dos cadáveres.

—Yo conocía a éste… —dijo al cabo de unos instantes, señalando al monstruo—. Toda la policía de Normandía le estaba buscando.

—¿Por qué? —preguntó Robert.

—Era un asesino fugitivo de presidio. Uno de los criminales más peligrosos de Francia. Menos mal que…

—Un fugitivo… —dijo Robert—. Lo siento.

—¿Por qué lo siente, doctor Narcot?

—Cosas mías.

—¿Pero usted sabe quién es ese tipo?

—Poco me importa, puesto que ya está muerto.

—Había cometido no sé cuantos sucios asesinatos… Era una bestia con figura humana. Y ahora… Bueno, ahora ni la figura humana tenía. Se quemó al huir. Lo peor es que a esa gente no se la condena a la guillotina, se la libera a los veinte años en el peor de los casos o se permite que pueda escapar. La consecuencia es siempre la misma: esas fieras pueden seguir matando. Si hubieran hecho caso del fiscal cuando se celebró el juicio, nos hubiéramos evitado muchos problemas.

Robert opinaba lo mismo, cuando se trataba de asesinos natos e incorregibles, pero no dio su opinión. Por una parte se sentía

abrumado y por otra notaba la oscura sensación del peligro. Ahora la policía estaba allí y sin duda le obligarían a declarar. Mientras sólo fuese la gendarmería local quizá no pasaría nada, porque no desconfiaban de él, pero si intervenían otros…

—Debió refugiarse aquí y matar a este pobre tipo —dijo el policía siguiendo el hilo de sus pensamientos—. Sí, seguro que le atacó para robarle. ¿Pero quién sería ese pobre fulano? Supongo que las huellas necrodactilares nos lo dirán, pero ¿quién diablos podía ser, repito?

Quizá alguien que venía de viaje…

Robert se estremeció porque se daba cuenta de la siniestra verdad. El cadáver que tenía delante de los ojos pertenecía al verdadero doctor Narcot. Si él aún tenía alguna posibilidad de huir; era justamente por la presencia de aquel muerto.

—Lo que deben hacer es sacarlo de aquí —musitó—. Y yo prestaré declaración cuando ustedes quieran, pero, por favor, háganlo pronto. Quisiera irme, ¿entienden? Me cuesta soportar todo esto un minuto más.

El gendarme se rascó una oreja. Luego abrió la ventana del desván para que aquel infecto olor se fuera disipando.

—Han ocurrido muchas cosas increíbles aquí, en las últimas horas —dijo—. Incluso un asesinato en el propio juzgado del partido. Es algo que no había ocurrido nunca, algo que no entra en la cabeza de nadie.

Robert balbució:

—¿En… el juzgado?

—Sí. ¿Es que no lo sabía?

—No me había enterado —dijo Robert sintiendo que se le atragantaban las palabras—. ¿Y quién…, quién ha sido la víctima?

—Un hombre llamado Pierre. Del apellido no me acuerdo.

—¿Un arqueólogo…?

—Sí, creo que sí. Un tío maniático de esos que estaban trabajando por aquí últimamente. No sé qué cuerno buscarían, pero lo que es ése ya lo ha encontrado. Y, oiga, las cosas no tienen sentido. Tres arqueólogos muertos en un soplo. Hace una semana que yo no me hubiese creído eso ni en una película.

De pronto miró con más atención a Robert y barbotó:

—¿Pero qué le pasa?

—Nada —dijo el falso doctor Narcot—. Sólo que… Bueno, quizá este aire me ha sentado mal. Necesito largarme de aquí. O salgo pronto por mi propio pie o me tienen que sacar entre cuatro.

No exageraba en eso. Pese a todo su temple, empezaba a darse cuenta de que era verdad que se enfrentaba a un mundo sobrenatural. La Novia Roja había causado otra víctima. La Novia Roja había sabido dónde encontrar a Pierre. Había asestado el golpe donde menos hubiera podido imaginar nadie: en el propio juzgado. Su poder llegaba a todas partes y no había muros ni puertas que pudiesen detenerla.

Un solo pensamiento se adueñó de la mente de Robert: «Tienes que largarte de aquí, muchacho». Pero al mismo tiempo aquel misterio le obsesionaba y le hacía quedarse allí aun sabiendo que se exponía a la muerte.

El gendarme musitó:

—Sí, doctor Narcot, tiene mala cara. Más vale que descanse. Ya le llamaremos cuando se le necesite.

Y le dejó paso para que pudiera descender las escaleras. Robert casi cayó por ellas. Nunca se había sentido tan débil y con los nervios tan destrozados como en este angustioso momento.

Katty le consultó con la mirada.

—Vámonos de aquí —musitó.

—Eso haremos —confirmó Robert—. Como al mismo tiempo han descubierto el cadáver del auténtico Narcot, las huellas necrodactilares darán su identidad antes de veinticuatro horas, y entonces estaremos perdidos. Voy a intentar robar otro coche y dentro de media hora nos largamos. Date una vuelta por las cercanías del hotel a ver si hay vigilancia.

—De acuerdo, Robert.

Ella salió. Pocos minutos después regresó mostrando también una expresión desesperanzada en el rostro.

—Hay bastantes policías de paisano —musitó—. Se ve que al amanecer han llegado algunos especialistas desde París. La gendarmería local debió pedir ayuda y esto se va complicando cada vez más.

—Quieres decir que seguramente no vamos a poder huir, ¿verdad?

—Me temo que no, Robert. En todo caso habrá que intentarlo

por la noche, ya que durante el día llamaríamos demasiado la atención.

Él hizo un gesto afirmativo y decidió tenerlo todo preparado para cuando llegase de nuevo la oscuridad. Incluso echaría el ojo a algún buen automóvil que estuviera descuidado. Con el robado antes no quería insistir puesto que ya estaría presentada la denuncia con toda seguridad. Lo había dejado estacionado en una de las calles, sin un desperfecto y con el *ralentí* ajustado al máximo.

La actividad de la policía en las horas subsiguientes fue febril. Los agentes especiales llegados desde París lo examinaban todo milímetro a milímetro, pero ninguno de ellos habló con el falso doctor Narcot quizá porque tenía otras fuentes de información más importantes y lo dejaban para lo último. Mientras tanto la ciudad se iba cargando de sombras, se iba envolviendo en una helada atmósfera de horror. Como si la gente hubiese intuido lo que sucedía, no salía de sus casas; las ventanas estaban cerradas y los edificios medievales presentaban una cara negra y hosca.

Pero Robert esperaba con ansiedad la llegada de las tinieblas. En ellas estaba su única esperanza de huida, y por lo tanto el hecho de que la ciudad se convirtiera en una especie de tumba casi le alegraba. Desde detrás de su ventana contemplaba casi con ansiedad el creciente avance de las sombras.

El ambiente siniestro se hizo más patente aún cuando falleció de pronto, de un ataque al corazón, una de las huéspedes del modesto hotel. Hubo llamadas al forense, a la pequeña funeraria y jaleo general durante casi una hora. Al fin la muerta fue dejada en su habitación, dentro del ataúd, mientras el pobre dueño del negocio se tenía que dedicar a intentar localizar por teléfono a los parientes de la difunta. Al principio no obtuvo demasiado éxito, porque parece como si esas mujeres que viven solas no hubieran tenido ningún pariente jamás.

Todo aquello formaba parte de la atmósfera agobiante que envolvía la ciudad, pero Robert no lo notaba. Él sólo confiaba en el avance de las sombras. De pronto, cuando estaba mirando por los cristales de la ventana, oyó un leve carraspeo a su espalda.

Se volvió.

Las facciones de René seguían siendo grises.

Parecía más aterrado que nunca, como si presintiera de algún

modo que él iba a ser la próxima víctima de la Novia Roja.
—¿Puedo entrar? —masculló.
—Claro… —dijo Robert—, pero me parece que tiene usted peor aspecto que yo. ¿Qué le pasa?
René se dejó caer derrotado en uno de los bordes de la cama mientras musitaba:
—Tengo miedo. Estoy desesperado de miedo. No sé qué otra cosa le puedo decir.
—¿Ya sabe que Pierre…?
—Sí, claro que lo sé.
Estaba completamente abatido. A Robert casi le dio lástima aquel tipo que no tenía detrás a la policía de toda Francia y que, sin embargo, parecía mucho más derrotado, mucho más aplastado que él.
—Usted ha tenido ya un encuentro con la Novia Roja —musitó —. ¿Qué piensa hacer?
—Huir.
—¿Por qué no lo ha hecho? No creo que le retenga la policía.
—En cierto modo sí que nos retienen, porque quieren que les contemos todos los detalles de lo que sabemos. Pero lo importante no es eso. Del primitivo grupo de arqueólogos que estábamos trabajando en la abadía de Clercy sólo quedamos cuatro, contándome a mí. Hemos de ponernos de acuerdo para ir juntos adonde sea. No considero razonable separarme de mis compañeros en estas circunstancias, aparte de que todos juntos podremos defendemos mejor.
—No es mala idea, pero ¿cómo van a hacerlo?
—De momento les he citado en esta ciudad para cambiar impresiones.
Las facciones de Robert se ensombrecieron un momento.
—En cambio, eso sí que es mala idea, amigo René —dijo quedamente.
—¿Por qué?
—Es como si se concentraran todos para que la Novia Roja les pudiera atacar más fácilmente. Así no necesita dispersar sus esfuerzos. Los tiene a todos a mano. —¿Pero usted cree que…?
—Ya no sé qué creer —dijo Robert sombríamente—. Para que no falte nada, incluso hay una muerta en este hotel. Veo que le traen

una corona de flores.

En efecto, a través de la ventana lo distinguía. La furgoneta de la pequeña funeraria local estaba descargando una corona. Para que la cosa no resultara tan triste y agobiante, el dueño del hotel había tenido la cortesía de encargarla, pensando que quizá algún pariente se la pagaría.

Robert se retiró de la ventana.

En aquel momento, a poca distancia, al otro lado de la calle, una figura se retiraba de una ventana también. Sus ojos brillaban quietamente en la penumbra.

CAPÍTULO XII

DULCE REPOSO ETERNO

René decía en aquel momento con voz lejana, triste, como si estuviera rezando en su propio funeral:

—No correremos ningún peligro porque estaremos aquí sólo el tiempo indispensable. Juntarnos, tomar una decisión y huir. Todo lo de la abadía de Clercy quedará abandonado. No queremos que se vuelva a hablar de la Novia Roja.

—Espero que tengan esa suerte. ¿Pero no va a contar a la policía todo lo que sabe sobre esa extraña aparecida?

—Lo he dicho ya.

—¿Y qué dicen?

René emitió una risita amarga.

—¿Qué quiere que digan? Se han reído de mí. ¿Esperaba otra cosa? No dudan de que la asesina pueda ser una mujer, pero no una mujer salida de una tumba de la Edad Media. Dicen que los arqueólogos estamos chiflados y que sufrimos alucinaciones. En fin, en vista de que no me hacían maldito caso me he ido al juzgado.

—¿Y qué? ¿Ha ido al mismo juzgado en que fue muerto Pierre?

—Es el único al que podía ir, puesto que los hechos han ocurrido en su demarcación. No me ha hecho ninguna gracia, pero tampoco tenía otro remedio, de modo que me he dicho: «Adelante». Y he presentado una denuncia oficial contra la Novia Roja porque consideraba que era mi deber hacerlo, pero no me la han admitido.

—¿Por qué no se la han admitido?

—La explicación del juez era sencillísima: no se puede admitir una denuncia pidiendo que sea castigada criminalmente una persona muerta. Si yo mismo empezaba diciendo que la Novia Roja falleció hace siglos, ¿qué cuernos buscaba yo con mi denuncia? Le

he explicado que había resucitado, pero la resurrección no está admitida en nuestras leyes. Puestas a no hablar de eso, no hablan ni de la resurrección de Jesucristo.

—Le habrán tomado por un loco —dijo Robert comprensivamente.

—Sí, eso es lo peor. En fin, resulta que encima soy un loco. Por lo tanto voy a largarme de aquí con mis amigos y a olvidarme de todo este condenado asunto, si es que puedo. He venido a decírselo, doctor Narcot, porque creo que estaba obligado a que usted lo supiera.

—Se lo agradezco de verdad. ¿Puedo ayudarle en algo?

—No, no… Desgraciadamente nadie puede ayudarnos en nada. Y ahora perdóneme. Voy a ver si llegan mis amigos.

Y se alejó de allí. Tenía un aspecto preocupado y hundido; más hundido que nunca. A Robert le daba lástima aquel hombre, pero no veía qué cosa podía hacer por él. Volvió junto a la ventana.

En aquel momento llegaba al hotel otro de los arqueólogos. Era el llamado Albert. Poco antes había recibido la llamada de una mujer, la cual le había dicho que le telefoneaba de parte de René.

—Le está esperando junto a todos los demás —había dicho la suave voz femenina—. Hay que ir al hotel de la ciudad de Beaumont. Allí se encontrarán para tomar una decisión, pero sea discreto. No llame la atención de la policía para nada. Vaya directamente a la habitación catorce.

* * *

Albert había entrado, pues, en la pensión y había mirado en torno suyo. Algunos tipos con inequívoco aspecto de policías husmeaban por los rincones y parecían buscar huellas, pero no se preocuparon de él. Un hombre que estaba detrás del *comptoir* le preguntó con voz amable adónde iba.

—Estoy citado con un amigo —dijo inexpresivamente Albert—. Le traigo algo que me encargó.

Como Albert tenía un aspecto muy presentable, un aspecto de profesor universitario que infundía respeto, el conserje no se atrevió a preguntarle más. Sólo dijo:

—Pase.

Albert fue directamente a la habitación catorce.

Las sombras ya llenaban todo aquel edificio, en cuyos rincones empezaban a oírse ruidos furtivos, ruidos de insectos que parecían agazapados allí desde el principio de los siglos. Algunas luces de funeral no hacían más que acentuar las sombras. No se veía ni oía a nadie, como si todo aquello estuviera al margen de la ciudad, al margen del mundo vivo.

Albert vio la puerta.

Habitación catorce.

Tranquilidad. Silencio. Pero había también algo invisible, algo impalpable que vibraba en el aire.

Empujó la puerta.

Y vio el ataúd con la corona de flores colocada a un lado. Era un sencillo ataúd tapizado de negro. La habitación, aparte de eso, estaba siniestramente vacía: la cama, la mesa, las sillas habían sido apartadas. El único espejo había sido cubierto por un lienzo blanco. Las cortinas de la ventana impedían que allí entrara el menor rayo de luz del exterior.

La espectral escena estaba sólo alumbrada por cuatro hachones encendidos. Un aire especial, un aire de película terrorífica hacía que la garganta se contrajese y los nervios vibraran. Pero Albert entró.

Cerró la puerta en silencio.

Si René le había hecho venir allí, a una habitación donde existía un ataúd, era por alguna razón. René nunca se burlaba de nadie. Tenía que existir un motivo importante.

Por un momento, el recién llegado aspiró aquel aire quieto y siniestro.

Luego fue hacia el ataúd.

Alzó la tapa.

Quizá allí estaba la explicación de todo. Quizá le habían llamado precisamente para eso.

Y vio entonces lo que había en el interior. Sus ojos se desencajaron. De su garganta escapó apenas un gemido. Las manos intentaron arañar el aire, aunque apenas le quedó tiempo para hacer un movimiento.

Porque allí estaba mirándole.

Allí estaba acechando.

¡La Novia Roja!

Albert intentó dar un paso hacia atrás, pero no le quedó ni el margen de un segundo para eso. La Novia Roja ya tenía preparado el dardo. Se lo envió con un pequeño arco de hierro de los que aún se empleaban en la Edad Media.

El dardo era pesado y macizo. A aquella distancia, resultó tan demoledor como una bala. Se clavó directamente en el corazón de Albert, quien retrocedió con las facciones lívidas, mientras se llevaba ambas manos al pecho.

Vaciló.

Pero no tuvo fuerzas ni para gritar.

En sus ojos desencajados hubo una inútil, una impotente petición de auxilio.

Luego cayó suavemente a tierra. No hizo apenas ruido. La Novia Roja salió entonces del ataúd con la agilidad de una gata.

Y se perdió en la oscuridad de un corredor que estaba clausurado excepto para las necesidades de servicio y que los huéspedes no usaban desde muchos años atrás. Pero la Novia Roja parecía saberlo todo, absolutamente todo. Luego se deslizó con el mismo silencio por las escaleras que llevaban a los sótanos.

Allí se perdió su pista. Su rastro.

Allí dejó de existir su extraño halo de muerte.

CAPÍTULO XIII

UNA MIRADA DEMASIADO QUIETA

Gastón, otro de los arqueólogos, miró en torno suyo mientras descendía del coche, un «Chrysler 180» color café, y tuvo la sensación de que la ciudad entera se había convertido en un cementerio. No se distinguía a nadie por las calles. Los vehículos también habían desaparecido, a excepción de los de la policía. Un par de ellos tenían matrícula de París, lo cual indicaba que habían llegado agentes especiales.

Pero Gastón estaba seguro de que no averiguarían nada. Empezaba a creer del todo en aquello que al principio le había parecido absurdo, es decir la historia de la Novia Roja. Todo lo ocurrido y lo que quizá iba a ocurrir no se explicaba por las simples leyes de la razón. Tenía que haber algo más.

Miró el papel que había recibido poco antes en su habitación del hotel de Evreux. El papel era un telegrama urgente en el que René le citaba en la parte posterior de la pensión de Beaumont. Allí había un patio donde siglos antes se albergaron los carruajes y donde un viejo pozo cubierto de enredaderas parecía albergar el silencio. Gastón conocía aquello desde que estuvo allí pidiendo inútilmente hospedaje, pues no lo había para todo el grupo. Dejó el coche a poca distancia y avanzo entre las sombras mientras miraba con desconfianza en torno suyo.

No tenía la menor prueba de que aquel telegrama fuese efectivamente de René. Podía haberlo puesto cualquiera para tenderle una trampa. Antes de venir, Gastón había intentado telefonear dos veces a René para confirmar la cita, pero su compañero no estaba en su alojamiento. Lo más fácil era que hubiese emprendido ya camino hacia Beaumont, como así era en

efecto.

Gastón rodeó el edificio.

Todo seguía teniendo aquel aire sombrío y quieto. Todas las ventanas estaban cerradas. Los policías seguían trabajando en el interior del edificio, de modo que no se veía a ninguno de ellos por allí.

Llegó al patio posterior.

Nadie.

Todo estaba lleno de siluetas movedizas que parecían acecharle.

Pero en uno de los ángulos del patio se veía un coche, un «GS» color azul que casi se confundía con las sombras. Gastón dio por descontado que su compañero debía estarle esperando allí. Era un buen sitio para tener una entrevista discreta.

Gastón avanzó hacia allí y no apreció el menor movimiento en el interior del «GS». Pero abrió la portezuela. Y de pronto exhaló un gemido de horror.

Porque dentro había una mujer muerta, una mujer insignificante a la que no había visto nunca, y que parecía mirarle con ojos aterrados. Su mirada era quieta, demasiado quieta. Su boca estaba entreabierta. Las manos plegadas y la expresión tranquila indicaban, sin embargo, que allí no se había producido ninguna violencia.

Como si la mujer hubiese fallecido de muerte natural. Pero en tal caso, ¿por qué estaba allí? ¿Y quién era?

Gastón no podía saber que se encontraba ante la huésped que había fallecido por causas naturales poco antes, y cuyo lugar en el ataúd había ocupado la Novia Roja. No podía saber nada de eso como no podía saber tampoco lo de la muerte de Albert. Cerró la portezuela mientras le recorría un escalofrío.

Le rodeaba un silencio agobiante.

No entendía nada.

Sintió la tentación de gritar, pero su reflexión de hombre civilizado se impuso. Era mucho mejor avisar a la policía que se encontraba dentro del mismo edificio. Por lo tanto se encaminó hacia una puertecilla rodeada de hiedra donde se leía: «Entrada».

Empujó la puerta de cristales.

Y vio un pasillo oscuro.

Sólo al fondo brillaba una lucecita color miel, pero apenas

disipaba aquel ambiente siniestro de sombras. Éstas parecían espesarse allí. Era intolerable. ¿Por qué la gente se empeñaba en que los caserones siniestros fueran más siniestros todavía? ¿Por qué aquella penumbra que impedía ver a más de dos pasos?

Gastón ignoraba que poco antes, junto a la puerta, existía otra luz, pero alguien la había apagado al oírle entrar. Por lo tanto aquella penumbra era artificial. En la penumbra caliente, viscosa, alguien acechaba.

Gastón avanzó dos pasos.

Su única guía era la lucecita color miel. Fue a tantear las paredes para no tropezar con algo.

Y rozó entonces una tela:

Y un cuerpo humano debajo. Una carne palpitante.

Las líneas mórbidas de una mujer.

Pero… ¿realmente una mujer?

Gastón volvió la cabeza un poco. Los nervios se le habían helado. Era incapaz de moverse o de despegar los pies del suelo. Era incapaz de pensar.

La espesa penumbra parecía haberse disipado para él. Ahora, al acostumbrarse un poco sus ojos, podía ver. Y distinguió aquella sonrisa helada. Aquellos ojos quietos y casi hipnóticos. Aquel largo cuchillo que se movía velozmente y que salía disparado hacia su pecho como un rayo.

Gastón intentó saltar hacia atrás.

Ya no pudo.

El cuchillo era auténticamente medieval y estaba afilado como si acabaran de estrenarlo. Se hundió en su cuerpo, atravesándole el pecho, pero sin llegarle al corazón. La hoja de acero se retiró entonces y volvió a penetrar.

Sucedió con una rapidez fulminante.

Como el lengüetazo de una serpiente.

Gastón retrocedió, chocó con la pared, gimió sordamente mientras las manos se le empapaban en sangre, volvió a adelantar…

Pero la Novia Roja ya no estaba allí. Se había esfumado entre las sombras. Se había disuelto en el aire. Volvía a formar parte de aquel misterioso imperio del más allá del que parecía haber surgido.

El hombre intentó desesperadamente llegar hasta la salida, pero ya no pudo. Cayó de rodillas cuando las fuerzas le abandonaron del

todo. Y luego quedo espantosamente quieto, con la mirada perdida, mientras una silueta fugitiva se perdía en la noche. Mientras las sombras del pasillo —aquellas sombras que parecían dotadas de vida— se estremecían con una risita macabra.

Capítulo XIV

EL ÚLTIMO DE LA LISTA

Ya sólo quedaba un hombre vivo de todos los que habían participado en aquella maldita excavación, si se excluía a René, quien había pedido a gritos que no siguieran adelante. Pero aquel único hombre que quedaba vivo no sabía que estaba corriendo en peligro mortal. No sabía tampoco que sus compañeros habían terminado desangrados a manos de la Novia Roja. No sabía nada porque había sido imposible comunicar con él. Porque era el único del grupo que había sabido aislarse desde el principio y no había vuelto a acordarse de la maldición de la abadía de Clercy.

¿Razón? Era muy sencilla. André, el único superviviente del grupo en aquel momento, era también el único que sabía tomarse la vida un poco alegremente. Y por lo tanto, cuando dejaron el lugar de las excavaciones, se olvidó inmediatamente de la Novia Roja para dirigirse en su automóvil deportivo —nada menos que un «Ferrari»— hacia un pequeño pueblo de la costa normanda llamado Macon, donde tenía una amiguita dispuesta a recibirle con los brazos abiertos.

Y las cosas habían marchado bien hasta entonces.

Ninguno de los dos se había movido de la habitación del hotel. Eran de los que piensan que hay que dedicarse al amor, porque para lo demás siempre queda tiempo.

Pero aquella noche André ya empezaba a estar intranquilo. No sabía nada de sus amigos. Por lo tanto telefoneó al hotel de Beaumont para ver si podía comunicar con alguien que al menos le dijera cómo estaban los otros.

Después de obtener la comunicación con Beaumont, no pudo hablar más que con un policía. Y fue aquel policía quien le dio

cuenta de toda la tragedia que se había desarrollado con el grupo de arqueólogos.

Acababa de ser descubierta la muerte de Albert. Por tanto sólo él y René quedaban vivos.

André sintió que la frente se le llenaba de gotas de sudor frío al escuchar aquellas palabras que lo cambiaban todo. Porque, de pronto, él estaba señalado por la muerte, él había pasado a ser un maldito. Él y René, o René y él; lo mismo daba. Ambos estaban condenados a muerte por la maldición de la Novia Roja.

El policía preguntó desde el otro lado del hilo:

—¿Va usted a venir o prefiere no moverse de ahí? Lo más razonable es que algunos de nuestros hombres vayan a verle ahora para interrogarle. No puedo darle órdenes a usted, porque ni siquiera es un sospechoso, pero le aconsejo que espere a que lleguemos. Procuráremos molestarle lo menos posible.

André dijo con un hilo de voz:

—Yo…, yo no sé nada. No podré explicarles nada…

—Lo damos por descontado, pero se trata de cubrir el expediente. Pura rutina, ¿entiende? Y ahora aguárdenos. Tardaremos unos cincuenta minutos.

—O… ¡oiga!

—¿Qué?

—Es… es inútil que traten de investigar. Es inútil que apliquen su estúpida técnica a algo que no tiene explicación ni sentido… Yo no creía en eso, pero ahora me doy cuenta de que aquí palpita algo sobrenatural. Ha sido la Novia Roja. Ha sido la maldición que flota en aquella tumba de la abadía de Clercy. René ya nos lo había advertido…

—¿La Novia Roja? ¿Cosas sobrenaturales? —Susurro el policía —. Bueno, no nos venga ahora con alucinaciones, amigo. Bastante trabajo tenemos con lo que ha ocurrido aquí. Espere unos cincuenta minutos y hablaremos. Mientras tanto tenga calma.

Y al otro lado del hilo colgaron.

André sintió que todo daba vueltas en torno suyo.

Él era el más rico del grupo, el que podía permitirse más lujos, el que disponía de un «Ferrari», de buenas cuentas corrientes, de estupendas amiguitas dispuestas a complacerle. No quería morir. No deseaba enfrentarse con la Novia Roja. Abandonaría la arqueología

si eso era posible aún; se olvidaría de todo cuanto sabía, de todo cuanto había visto.

Cincuenta minutos…

Aquella soledad le ahogaba.

Le parecía una eternidad el tiempo que tenía que estar allí hasta que la policía llegase.

Menos mal que en la habitación tenía una amiguita, y además una amiguita de las de campeonato. Siempre era un consuelo. De modo que volvió a su cuarto, empujó la puerta y captó el perfume tenue de la mujer.

El suave olor a carne tentadora.

A carne joven y prieta.

Veía el delicioso bulto en la cama. Una discreta penumbra lo envolvía todo.

Distinguía los relieves femeninos, las líneas suaves, el óvalo del rostro.

No llevaba nada encima.

O al menos eso parecía.

Preciosa…

Con una mujer como ésa, cincuenta minutos ya no son una eternidad. Cincuenta minutos pasan como un soplo.

André sonrió en la penumbra.

Ella había conseguido el milagro de que se olvidase de los muertos. De que olvidara el peligro que él también podía correr.

Pasó al cuarto de baño porque quería remojarse un poco la cara y desvestirse. La luz cruda dio en sus ojos y André vio que tenía profundas ojeras; se le estaban marcando minuto a minuto. «He pasado por un terrible *shock* nervioso —pensó—. Tengo que animarme…, animarme».

Tomó una pastilla excitante que llevaba en su botiquín de mano. Sabía que aquello le daría unos minutos de euforia. Luego se quitó la ropa y pasó a la habitación.

Otra vez la penumbra.

El delicioso olor a hembra joven.

Otra vez aquella quietud cómplice que incitaba al amor.

André se tendió en la cama junto al cuerpo tibio.

—Nena…

Todo él vibraba de pasión. Había pasado muchas horas junto a

aquella deliciosa chiquilla y, sin embargo, ahora parecía como si la tocase por primera vez. Olvidó por completo el peligro y los muertos. Los dedos rozaron la piel tibia.

Las piernas largas.

Muy largas.

¿Tanto?

¿No las tenía más cortas la chica que estaba con él?

¿Y quizá no tan llenitas?

¿No había cambiado allí algo?

Uno de sus brazos cayó desmayadamente a un lado de la cama. Fue como un gesto de abatimiento, de impotencia. André no entendía nada. Fue a saltar del lecho.

Y entonces rozó la mano del cuerpo que yacía debajo de la cama.

Los dedos yertos.

Espantosamente quietos.

Todavía calientes, pero con ese calor ya casi extinguido de la muerte.

Todo el cuerpo de André tembló.

Un cadáver medio tapado por la cama. Pero ¿el cadáver de quién? Y entonces eso significaba que… Eso significaba…

Sus pensamientos se paralizaron.

Los músculos se negaron a obedecerle.

Porque en aquel momento la mujer que estaba junto a él se alzó un poco. Se apoyó en el codo izquierdo para mirarle mejor. Inclinó sobre la del hombre su cabeza de suaves líneas.

Y entonces él la vio claramente.

Vio una cara que sólo había visto una vez… ¡Y dentro de una tumba!

Vio sus ojos malignos.

Las líneas crueles de su boca.

La cara de… ¡La Novia Roja!

André no pudo gritar. Algo se paralizó en su garganta. Le impidió respirar. Le ahogó. Sus ojos desencajados vieron apenas el cuchillo que se alzaba sobre su cuello.

Un maravilloso cuchillo que era una auténtica pieza de la Edad Media.

Él sí que sabía apreciarlo.

Y lo apreció «de cerca»…

Porque el cuchillo se hundió en su garganta dos veces. Prácticamente le segó el cuello. La sangre brotó en borbotones trágicos. La hoja de acero trazó un alucinante zigzag implacable y maestro. La cabeza de André cayó hacia atrás.

Las ropas de la cama se tiñeron de rojo.

Incluso el precioso cuerpo de la mujer sufrió alguna leve salpicadura.

Pero ella no se inmutó. La Novia Roja pasó al cuarto de baño contiguo y se limpió con cuidado. Luego se vistió sin prisas. Sabía que tenía mucho tiempo antes de que a alguien se le ocurriera molestarles. Tenía casi cincuenta minutos.

Luego se deslizó fuera de allí como una hermosa sombra.

Los dos empleados de Recepción apenas la distinguieron en escorzo y de espaldas. La penumbra reinaba en el vestíbulo y además ellos eran gente discreta. No hacían preguntas ni se fijaban demasiado en lo que no les interesaba. Sólo vieron que salía una mujer, y en el hotel había bastantes mujeres a las que interesaba salir sin ser vistas. Inmediatamente se la tragó la noche.

Como una hermosa maldición.

O como una hermosa pesadilla.

Porque hasta las pesadillas y las maldiciones podían ser hermosas cuando estaban envueltas en aquel misterio sin nombre, cuando llegaban con la Novia Roja.

CAPÍTULO XV

UN CUCHILLO DE LUJO

René vio desde su ventana que algunos de los policías que estaban de servicio en Beaumont salían apresuradamente empleando los más veloces coches de que disponían, los «CX». Ahora que los prestigiosos «DS» acababan de dejar de fabricarse —quizá porque el modelo había ya agotado toda la clientela que estaba interesada por él—, los «CX» eran los campeones de las rutas francesas. Y si los policías salían con ellos a toda pastilla, era porque algo importante pasaba a cierta distancia de allí.

René sonrió levemente.

Sus facciones eran inexpresivas. Había momentos en que parecían una máscara.

Salió a la calle, quizá porque necesitaba apartarse de aquel ambiente agobiante del hotel; comió un bocadillo en un figón, bebió un par de vasos de Burdeos y regresó a su habitación. Había pasado más de media hora desde que los policías salieron de allí. Miró su reloj. Exactamente cuarenta y dos minutos. Entró en el cuarto de baño.

Se inclinó sobre la pica del lavabo para mojarse la cara.

Ésta seguía estando inexpresiva, seguía pareciendo una máscara. René se sintió reconfortado al contacto del agua fría.

Detrás de él tenía la cortinilla de la ducha.

La cortinilla corrida.

Apreció un leve movimiento tras ésta, un movimiento misterioso y furtivo, pero los ojos de René no temblaron. Estaban como hipnotizados. Quedaron fijos allí, clavados allí, como si no hubiera otra cosa en el mundo para mirar, como si allí, en aquellos centímetros de cortinilla de plástico, se concentrara todo el

universo.

El movimiento siguió.

Y René continuaba quieto.

Más hipnotizado que nunca. Con el rostro más parecido a una máscara. La cortinilla terminó su recorrido. La figura que estaba tras la ducha apareció por completo. El cristal del lavabo la reflejó íntegramente.

Y fue posible ver aquella cara preciosa en la que, sin embargo, había algo siniestro. Aquella sonrisa, crispada.

Aquellos labios demasiado finos. Los labios demasiado finos y la sonrisa crispada de la Novia Roja.

Para otros, aquella aparición había significado la muerte.

Y René lo sabía bien.

Pero era el único del grupo que quedaba vivo, lo sabía bien. No hizo ningún gesto. Se limitó a consultar su reloj mientras murmuraba:

—Admirable. Después de liquidar a André has empleado para llegar hasta aquí menos de cuarenta minutos…

CAPÍTULO XVI

MÁS ALLÁ DE LAS SOMBRAS

La Novia Roja avanzó hacia él. Aquella sonrisa qué flotaba en sus labios se hizo ligeramente más ancha. Puso sus manos en los hombros de René.

—Yo siempre lo hago todo perfectamente —dijo.

René se volvió hacia ella. En sus ojos había admiración, había cariño tal vez, pero no la besó. No, no era ésa la relación que les unía. Su sonrisa pareció romper la tensión invisible que se había formado entre los dos. Con voz opaca, el hombre dijo:

—Ahora que todo ha terminado, ¿qué te pareció mi idea?

—Admirable —dijo la Novia Roja.

—Se preparan unos viejos documentos con una leyenda que en parte existe, pero que yo he deformado. Les son mostrados a los demás del grupo. No tienen por qué dudar de mí. Se les habla de una piedra prehistórica de gran valor que yace en el subsuelo de la abadía de Clercy, la abadía maldita. Yo les pido que no excaven, pero ellos no me hacen maldito caso. Hay que contar con eso.

La luz cruda del cuarto de baño daba en su rostro, sus ojeras, su sonrisa algo crispada. Con la misma voz inexpresiva continuó:

—Te descubren a ti tal como estaba previsto. Tú yacías allí desde un día antes, en un ambiente cuidadosamente preparado por nosotros dos. Un aire irrespirable llenaba la tumba, y así lo habíamos procurado nosotros, pero hasta aquel momento tú habías podido respirar con toda tranquilidad mediante las dos bolsas de oxígeno que tenías en el doble fondo del ataúd. Para ninguna persona algo inteligente se podía vivir en el interior de aquella cripta milenaria (porque al menos la cripta sí que era auténtica), lo cual acentuaba la sensación de lo sobrenatural. Realmente tú no

necesitabas vivir. Tú estabas muerta.

Rió silenciosamente.

—Todos los que te vieron la cara ya han perecido —añadió con suavidad—. Los que podían identificarte como la Novia Roja ya no hablarán. Ni siquiera han tratado de defenderse, porque el miedo les dominaba, les ahogaba. Así todo ha sido… ¡tan fácil! Ahora tú no eres más que Christie, mi sobrina y heredera. Nadie sabe que has estado aquí. Nadie te relaciona con esto. Nadie… La policía dará palos de ciego buscando un criminal, un fantasma, una especie de momia que no existe. Y mientras tanto tú y yo entraremos en posesión de esa fortuna, porque había algo que nadie del grupo sabía. Nadie se había enterado, excepto yo, de que en los terrenos que últimamente excavamos yacía una fabulosa mina de diamantes. Y como todos los terrenos son nuestros… Y como, cuando uno muere, heredan los otros… Y como el heredero total es el último que queda…

Lanzó otra risita silenciosa y torva, como maravillado ante la propia agudeza de su pensamiento.

—Todo ha resultado perfecto… —añadió también—. Claro que yo he cuidado los detalles, no hay duda. Por ejemplo, hasta tu vestido de Novia Roja estaba confeccionado con tela antiquísima, con tela que sólo un anticuario o un arqueólogo podían poseer, por la sencilla razón de que a alguien se le podía ocurrir analizar un pedazo, descubriendo entonces la superchería. Resultaba esencial que una mujer enterrada varios siglos antes vistiera ropas de varios siglos antes. Y ahora que todo ha terminado podemos vivir tranquilos, Christie. La vida es nuestra. Tú y yo, Christie. El famoso arqueólogo y su sobrina y única heredera. Los dos millonarios. Los dos felices. La cadena de crímenes más provechosa, inteligente y fácil que se ha cometido en Francia…

—Sí —dijo ella quedamente—. Sí, René. Claro que sí. Pero hay un detalle.

Había despegado los labios de una forma insensible. Sus ojos estaban tan quietos como los de una serpiente. Tanto que hasta a René le extrañó. Preguntó con un hilo de voz:

—¿Qué detalle?

—El que la cadena de crímenes no ha terminado. Falta uno.

—¿Uno? ¿Cuál?

La risita burlona surgió silbante de los labios de la Novia Roja.

Era una risita malévola, densa, una risita que parecía cargada de presagios.

Si las serpientes pudieran reír, lo harían así.

Y dijo con voz apenas audible:

—¿Olvidas que la policía no se extrañará de que mueras tú también? ¿Olvidas que eso es necesario para que la maldición parezca completa? ¿Olvidas que yo soy tu única heredera? ¿Que tú heredas a los otros porque eres el último en morir, pero yo te heredo a ti?

Y hundió hasta el fondo del corazón de René el largo cuchillo medieval.

Vio de cerca los ojos desencajados.

Sintió en sus manos el contacto cálido de la sangre.

Sacó el cuchillo. Lo volvió a clavar.

René cayó a sus pies como un fardo.

Luego Christie salió de allí. Se deslizó hacia las sombras mientras en sus labios seguía flotando aquella sonrisa maligna. Pero en la penumbra del pasillo se detuvo. Se dio cuenta de que sus ropas estaban manchadas de sangre.

Necesitaba cambiarse de ropas o la policía daría con ella inmediatamente. No había contado con eso. Y no iba ahora a cometer un fallo después de haberlo hecho todo tan perfectamente.

Siempre moviéndose como una sombra, con aquella especial suavidad de fantasma que le daba un aire sobrenatural, se coló en una habitación que estaba sólo entornada. Vio unas ropas en la cama y oyó el ruido del agua al caer en la cercana ducha.

Vaya, había estado de suerte.

La dueña de aquellas ropas se daba un remojón a pleno chorro, pero sus prendas estaban allí, sobre la cama. Podía ponérselas. Con gestos rápidos, se adueñó de ellas y salió. Inmediatamente entró en el W. C. del pasillo que estaba muy limpio. Con gestos febriles y empezó a cambiarse.

Y se puso las ropas de Katty, la fugitiva.

Se puso las prendas de la muchacha que ya lo tenía todo dispuesto para huir en compañía del falso doctor Narcot.

Siempre como un fantasma, se deslizó segundos más tarde hacia la parte posterior de la casa. Allí estaba su coche, un veloz

«R-12»
de colores discretos y que no llamaba la atención.

Montó en él. Ni por asomo podía imaginar que toda Normandía estaba ya llena de descripciones de aquellas ropas, de aquella figura que ahora parecía la suya.

No hubiera podido ni soñar que docenas de policías dispuestos a todo, dominados por los nervios, estaban buscando a un hombre y una mujer. Y que esa mujer parecía ella misma.

Vio confusamente la figura del gendarme.

Oyó el grito.

—¡Deténgase!

Pero Christie no podía detenerse ahora. No podía dejar pruebas de que había estado allí. Huir no la comprometía a nada. Nada importante tenía que temer de un gendarme por el hecho de que éste le diera el alto. Lo esencial era que no le viese la cara, y éste no se la había visto. De modo que dio gas. Giró. Dio más gas todavía…

El gendarme tuvo que saltar para no ser arrollado.

—¡Alto!

Normalmente no hubiera disparado jamás, pero ahora se trataba de frenar a una fugitiva que además podía estar relacionada con aquellos crímenes. La metralleta envió su chorro de plomo. El coche se tambaleó. Dio un terrible bandazo. La cabeza de Christie pareció partirse en dos.

Quedó allí quieta, sobre el volante, con los ojos muy abiertos.

Con la boca torcida aún en aquella especie de sonrisa maligna.

Pero ahora parecía flotar en ella una mueca de incredulidad.

Como si se preguntara: «¿Por qué?».

Nunca lo sabría.

Nunca se enteraría tampoco de que la sangre, al gotear, teñía su vestido.

De que volvía a convertirse en la Novia Roja.

Nunca se enteraría tampoco de que para el falso doctor Narcot y su acompañante fue fácil huir, porque la policía estaba ahora concentrada en torno al coche de la muerta. Y porque además los gendarmes, creyendo que era la mujer que había fallecido, ya nunca se fijarían en una pareja.

Robert había comprado ropas nuevas para Katty.

Los dos se deslizaron como sombras hacia el vacío de la noche.

Hacia la vida nueva en que se sentían misteriosamente cómplices, misteriosamente unidos.

Hacia el destino que pensaban construirse entre los dos.

Vieron a lo lejos el coche detenido. Y los gendarmes. Y las luces espectrales del hotel en aquella ciudad muerta. Nadie les detuvo, sino que, al contrario, un policía de paisano les exigió circular aprisa.

Atrás quedaba la claridad mortecina de los pasillos, el quejido de las puertas, el misterio de las criptas.

Atrás quedaba aquella tierra en la que anidaban todos los misterios.

Como el de la mirada espantosamente quieta, como el de la sonrisa torcida de la Novia Roja.

FIN



Silver Kane, seudónimo de Francisco González Ledesma (Barcelona, 1927-2015)
fue un abogado, periodista y escritor.

El primer reconocimiento le llega en 1948 cuando gana, con Somerset Maugham y Walter Starkie en el jurado, el Premio Internacional de Novela gracias a Sombras viejas. Pero la obra premiada es censurada por el régimen franquista y se frustra el prometedor futuro del autor.

Coartado por la dictadura, González Ledesma empieza a escribir, bajo el seudónimo de Silver Kane, novelas populares para Editorial Bruguera. Desencantado de la abogacía, estudia periodismo e inicia una nueva etapa profesional en El Correo Catalán y, más tarde, en La Vanguardia, alcanzando en ambos periódicos la categoría de redactor jefe.

En 1966 fue uno de los doce fundadores del Grupo Democrático de Periodistas, asociación clandestina durante la dictadura en defensa de la libertad de prensa.

En 1977, con la consolidación de la democracia en España, publica Los Napoleones y en 1983, El expediente Barcelona, novela con la que queda finalista del Premio Blasco Ibáñez y en la que aparece

por vez primera su personaje emblema, el inspector Méndez. En 1984 obtiene el Premio Planeta con Crónica sentimental en rojo y la consagración definitiva.

Como abogado ha recibido el premio Roda Ventura y como periodista el premio El Ciervo. En 2010 se le otorgó la Creu de Sant Jordi por su trayectoria informativa y por la calidad de su obra, de proyección internacional.

Con el seudónimo de Enrique Moriel ha publicado La ciudad sin tiempo (2007) y El candidato de Dios (2008).